

Copyright de la edición: Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores
Décima Promoción 2011-2012

Copyright de las obras: Cristian Alcaraz, Raquel Antón, Andrés Bigorra, Corento, Ignacio Estudillo, María Reyes Fernández García, Laura Franco Carrión, Víctor Hugo Juárez, Javier Macipe, David Manjón, Khadija Mesri, Juanma Moreno, David Muñoz, Nerea Pallares, Patricia Rico.

ISBN: 978-84-939144-2-4
Depósito Legal: xxxxxxxxxxxxx

Diseño y maquetación: Juanma Moreno, María Reyes Fernández García, Laura Franco Carrión

Imprime: Gráficas Galán



promoción
2011 - 2012

Fundación Antonio Gala
para jóvenes creadores

Hay quien dijo que la despedida es el modo más íntimo de la unión humana. Estoy seguro de que sería alemán. En mi corazón sólo hay bienvenidas que no se acaban nunca. Y llegar a la décima promoción, en esta casa ya de tantos, fue más que un triunfo: un renacer de la alegría que, compartida, se multiplica por sí misma entre todos.

Aquí no hay despedidas. Todo es volver de idéntica o distinta manera. Todo es colaborar en estricto sentido y a ninguna distancia. Hay varias bellas artes, pero aquí todas se erigen en la misma peana: la de una fraternidad que, en esta promoción, se ha hecho en especial visible.

Por motivos personales, amé la vida este año con especial peligro de perderla. Y me di cuenta de que sobrevivir es vivir en los otros, de los que formas parte sucesiva hasta que todo acabe. Si es que acaba. Sólo conozco esa manera de inmortalidad. De ahí que suplique, a quienes se unieron para realizar este catálogo, que nunca se desunen. Y que pongan mi nombre, como uno más, entre los suyos: formando parte de la misma estrofa.

Antonio Gala





Artes plásticas / Cine

Ignacio Estudillo Pérez

María Reyes Fernández García

Laura Franco Carrión

Javier Macipe

Khadija Mesri

Juan Manuel Moreno

Patricia Rico

José Joaquín Sánchez Garrido, “Corento”

Pintura, yo, hoy

Ignacio Estudillo Pérez

Dentro del paisaje creo verme a mí mismo. Creo verle a él, Ignacio Estudillo Pérez, añorando un partido de fútbol por problemas de corazón, añorando un lugar, un árbol habitado, el retrato de familia. Ignacio pinta y se queda vacilante en la delimitación de unos pinceles, queriendo llegar un poco más o a otra meta. Pinta cosas cercanas porque siente que es lo que tiene que hacer. En los elementos se asienta su forma de expresión, y así relaciona lo místico y lo racional de una manera propia. En lo natural se crece y el paisaje se transforma en trayecto. Pretende conquistar al espectador haciéndole parte de su mundo. Pretende emocionar. Pretende quedarse.

Cristian Alcaraz



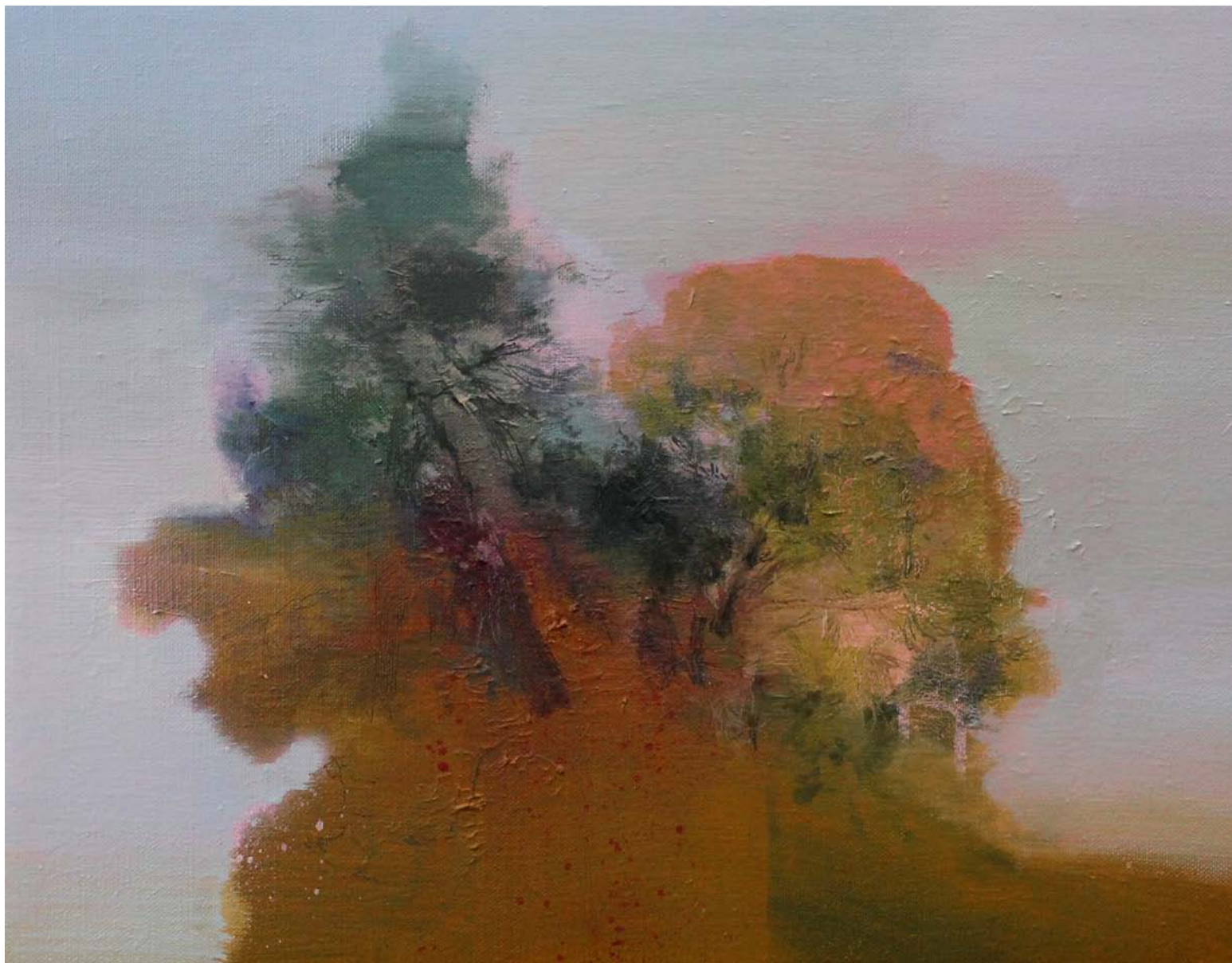




Naturaleza, mixta sobre lino 0.35x0.45 m. 2012



Naturaleza, mixta sobre lino 0.35x0.45 m. 2012



Naturaleza, mixta sobre lino 0.35x0.45 m. 2012



Naturaleza, mixta sobre lino 0.35x0.45 m. 2012



Mamá (Juana Pérez), mixta sobre lino 1.62x1.46 m. 2012 (en proceso)



Calle de Cádiz, mixta sobre papel de dibujo basik guarro/casas 0.90x1.26 m. 2011

Reconstrucciones

María Reyes Fernández García

Hay ruinas que se deshacen, vacías. Las llenan los restos, el polvo. Las vivencias que allí sucedieron se les quedan adheridas. Ella invade, toma, reconstruye. Una ruina puede ser todas las casas, todas las vidas, quizás hasta todas las historias. Traza paredes o cuartos o muebles. No importa la verdad, si existieron realmente. Las ruinas frágiles no se recuerdan; cualquier pared pudo haber existido, cualquier baño, cualquier persona pudo estar allí, y cualquiera dejarse un collar, o un cuadro, o una herida. Una ruina puede ser todas las casas. Ella deshace la arquitectura y la devuelve, traza ventanas que no existen y eleva, desde el aire, escaleras que se antojan infinitas. Porque sabe que una casa puede ser todas las cosas y hablar, sin decirlo, de que los hombres pasan, se pierden, se olvidan.

Andrés Bigorra







C/ Armas nº3, maqueta, 0.50x0.30 m. 2012



C/ Armas nº3, impresión digital, díptico 0.70x0.50 m. c/u. 2012



[Sin título], mixta sobre tabla, díptico 0.50x0.50 m. 0.50x0.65 m. 2011/12



[Sin título], mixta sobre tabla, díptico 1.20x1.20 m. - 1.20x1.70 m. 2012



[Sin título], mixta sobre tabla, 2x1 m. 2012



[Sin título], mixta sobre tabla, 2.50x1 m. - 2.50x2 m. 2011/12

Cuadernos compartidos de Laurita Istochnikov

Laura Franco Carrión

Había algo irracional en todo ello, me dijo Laura Franco al hablarme de su hallazgo, al poco tiempo de conocernos. Algo oculto, que debía quedar oculto, me dijo, y que yo necesitaba sacar a la luz. No sé muy bien por qué, me dijo. [...]

No fue la envidia, sin embargo, lo más importante que le provocó Laurita Istochnikov. Recuerdo a Laura, delante del ordenador, repasando fotos de Rusia y hablándome de rincones que nunca había visitado. Y recuerdo que lo hacía con una familiaridad absoluta, como si la implicaran a ella. La exploración de la vida de Laurita Istochnikov fue un punto de partida. A medida que empezó a catalogar las pertenencias de aquella -de “la otra”, decía- y las instalaba en torno a una mesa antigua, Laura Franco se dominó a sí misma. Se diseccionó, se ordenó y se archivó en las piezas que, sí, conservan las huellas físicas y subjetivas de Laurita pero que hablan de ella, de Laura Franco y de esa necesidad tan antigua de que el arte sea capaz de explicar la vida.

Y por último, de forma inevitable, llegó la identificación. Para todos nosotros era obvio que Laura Franco no saldría entera de su odisea. Su desdén, sus ausencias, las frases en cirílico que encontrábamos en los cajones de la cocina o el intenso olor a vodka a la puerta de su habitación. Todo condujo a que un día tórrido y seco de principios del verano apareciera en el comedor con un largo abrigo de piel y pronunciara una frase enigmática: “nunca sospeché que en San Petersburgo la ventisca fuera tan violenta”. No sé quién había contagiado a “la otra” ese incierto hermetismo.

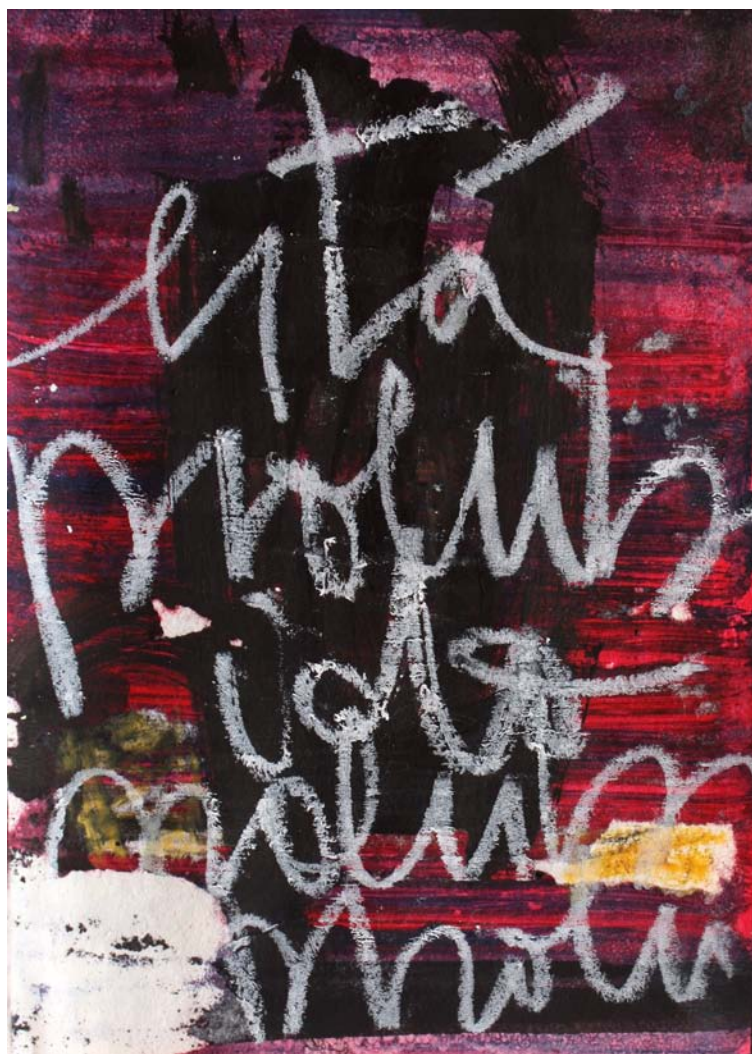
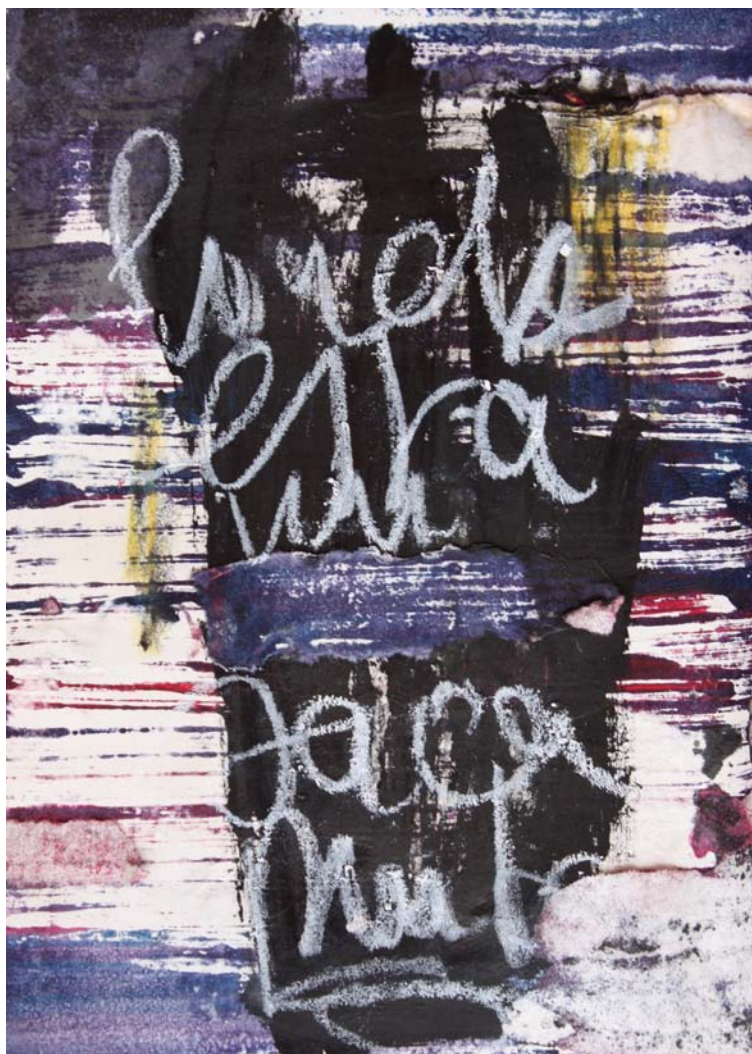
David Muñoz Mateos



a istochnikov



Cuadernos de Laurita Istochnikov, mixta sobre cuaderno, instalación, medidas variables, 2012



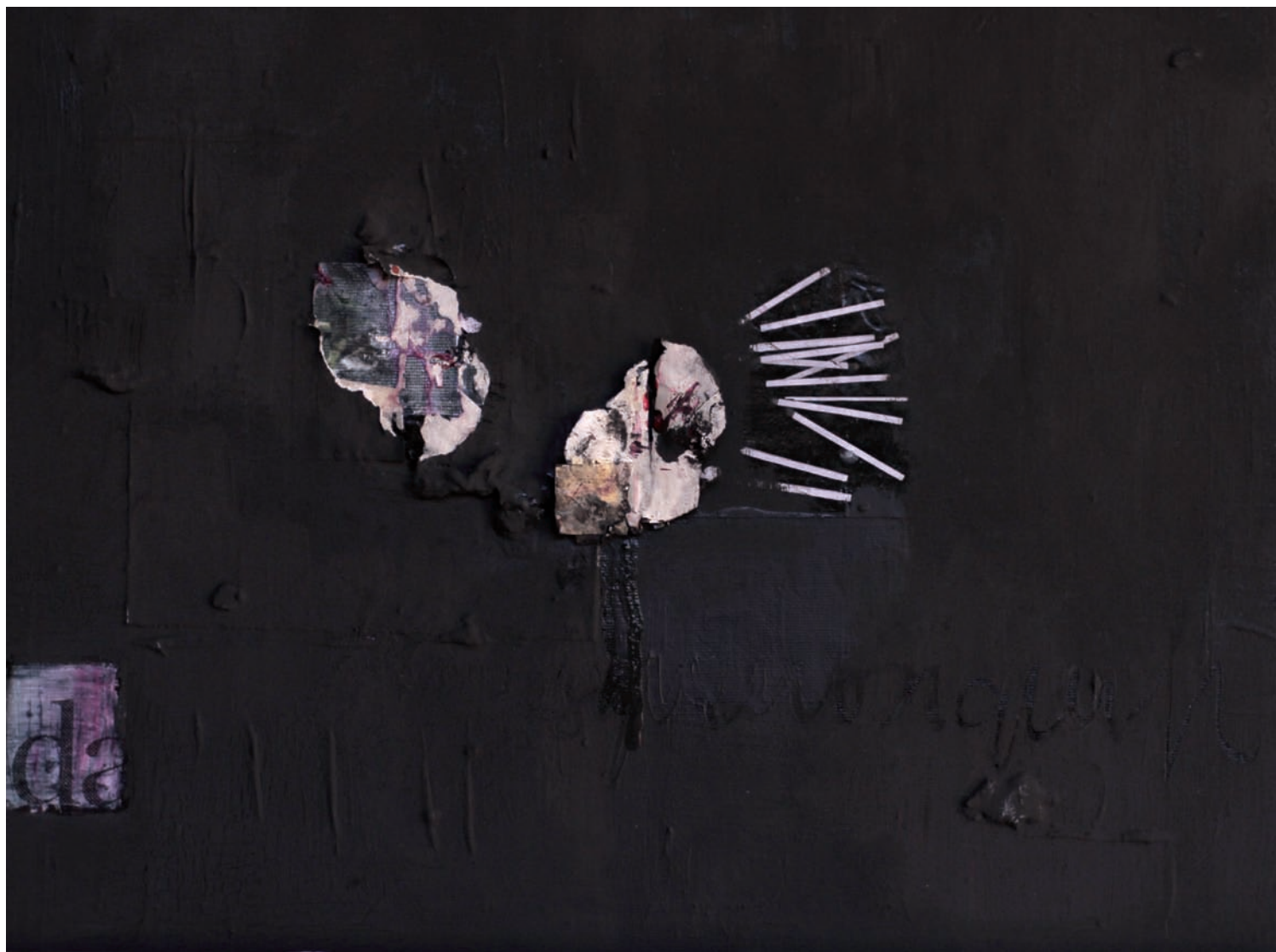
Cuadernos de Laurita Istochnikov (detalles)



Objetos personales de Laurita Istochnikov, instalación, medidas variables. 2012



[Sin título], mixta sobre tabla, 0.30x0.40 m. 2012



[Sin título], mixta sobre lienzo, 0.37x0.45 m. 2012



[Sin título], composición, 0.42x1.30 m. 2012

Cortometrajes conectados (se adjunta DVD)

Javier Macipe

[...]

—A eso me refiero. ¿No es la espiritualidad ya una respuesta? ¿Una superación del conflicto? O incluso su anulación...

—No. Para mí la espiritualidad se manifiesta antes. Está en la capacidad de sentir las dudas, en la relevancia que tienen esas preguntas, y en el tipo de decisiones que cada uno toma. Mis personajes no buscan una respuesta; mis personajes se enfrentan a la falta de respuestas.

—Precisamente. En tus cortometrajes no se produce ese escapismo que yo asocio con la espiritualidad. Nada les inmuniza contra la realidad. Pero carecen de cualquier seguridad que les permita hacer de este mundo un lugar más agradable.

—No, tampoco caigo en el derrotismo. No hay predestinación ni fatalismo. Hay algo mucho más humano: miedos, errores y cierto tipo de esperanza.

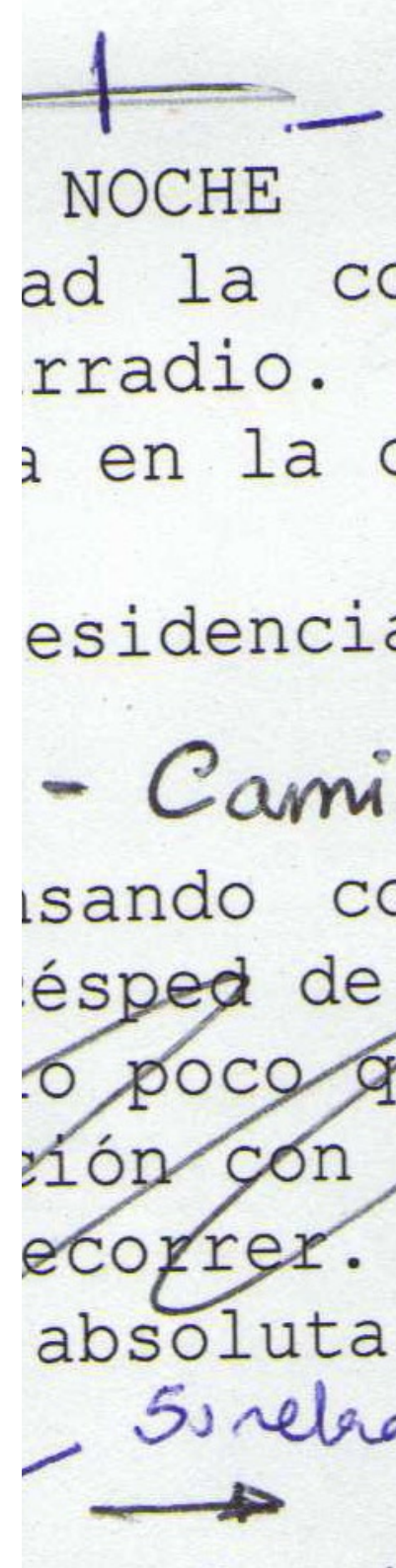
—No lo sé. ¿Qué esperanza les queda al anciano que vende su campo de olivos, a su mujer enferma de alzheimer, al niño que pierde su balón? ¿Qué clase de solución buscan? ¿Desaparecer?

—Bueno, tienen el conocimiento de sí mismos, la capacidad de tomar decisiones y la esperanza del consuelo. Pero no hay una búsqueda en el sentido de soluciones. Qué sé yo cuáles son las soluciones.

—Quizá la búsqueda era tu búsqueda. Quizá este es el resultado. La capacidad de respetar esos conflictos, de mantenerte alejado y dejar que se desarrollen por sí mismos. Tratar de que se desenvuelvan en silencio, dentro de los personajes. Coger la cámara como si estuvieras rodando un documental.

[...]

David Muñoz Mateos



Vine lejos y no tengo edad para eso
Stroop deprimiente.

Compra por una calle de un

El resto de la gente que
dificultad de la mujer para

al y más industrial.

ANGUSTIA

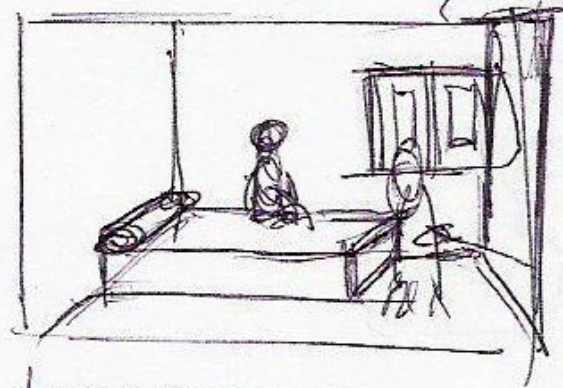
no anocheciendo.

on la bolsa apoyada en el
gran tamaño.

ue la mujer avanza cada vez
la inmensidad del paisaje y
Apenas hay nada de luz, en

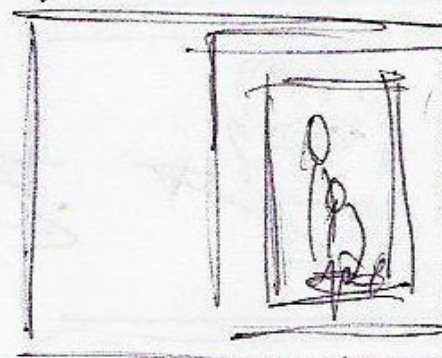
no — los pequeños sonidos
del silencio.

cont.



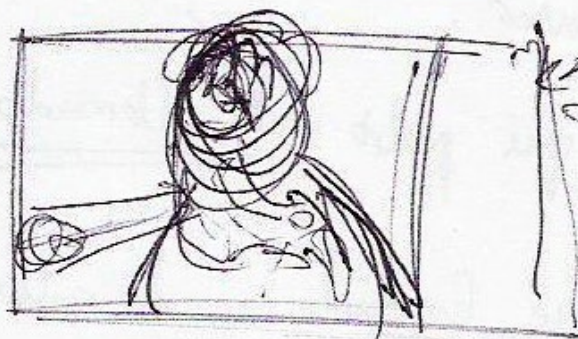
entra le medio.

Pablo se gira...



¿Que haces ahora...
todo el día?
Y rule de ahora

Foto
M



contra-plano

Le medio rule de ahora, y
se queda frente a la foto.

HAY QUE MOSTRAR SU DECISIÓN??

CRUDEZA!!



Cielo
(ficción) Full HD 16:9 Color

El comentario crea un momento de silencio tenso.

INÉS

(Cambiando de tema)

¿A Marquitos lo bautizasteis?

MARTA

No, aunque la madre de Luis casi deja de hablarnos.

LUIS

¿Y Nacho está bautizado?

INÉS

Si.

MARTA

¿Pero no sois creyentes no?

Pablo no soporta los comentarios sesgados de Inés que habría matizar mucho.

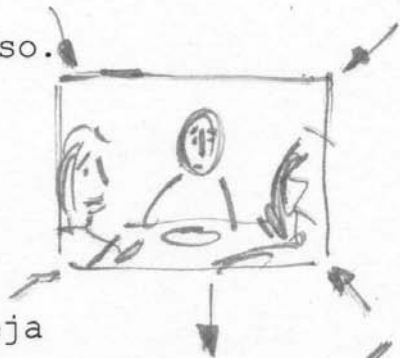
INÉS

Mmm, .yo no, pero Pablo pensó que tampoco le iba a hacer ningún daño bautizarlo.

Todos se quedan en silencio esperando a que Pablo diga algo. — (silencio largo...)

PABLO

Sí, por lo del tema del infierno.



travelling.

¿Cámara en mano?

tenemos que idear una
con Pablo...
ATMOSFERA ASFIXIANTE
CLAUSTROFÓBICA

no es una pregunta,
es una sentencia

↓ Pablo explota!! →



Ética
(ficción) Full HD 16:9 Color

en la cartera y mete lo que ha comprado, llenando la bolsa hasta el límite.

Vine lejos y no tengo edad para eso
Atmosfera deprimente.

1 SEC2. EXT. -CALLE DE CÓRDOBA- NOCHE

La mujer porta con dificultad la compra por una calle de un barrio con aspecto de extrarradio. El resto de la gente que camina por la calle no repara en la dificultad de la mujer para llevar las bolsas.

El barrio cada vez es menos residencial y más industrial.

ANGUSTIA

SEC3. EXT. -CAMPO- ANOCHECER - Camino anocheciendo.

La mujer está parada descansando con la bolsa apoyada en el suelo, sobre una llanura de césped de gran tamaño. Vemos en plano generalísimo lo poco que la mujer avanza cada vez que coge la bolsa en comparación con la inmensidad del paisaje y el camino que le queda por recorrer. Apenas hay nada de luz, en unos minutos habrá oscuridad absoluta.

SEC. 4. INT. COCINA. NOCHE

La mesa está puesta, el cartón de vino preside el centro de la mesa. La mujer está sentada descansando cuando suena un portazo suave que la asusta de manera exagerada. Ella rápidamente se levanta y sirve vino en uno de los vasos.

Sin hablar

los pequeños sonidos del silencio

cuchara contra el plato.

El HOMBRE (80) entra en la cocina y se sienta en la mesa sin articular palabra. Ella le sirve lentejas y se sienta a cenar junto a él.

El hombre se llena la copa con vino del tetrabrik que ha comprado la mujer.

La cena se desarrolla en absoluto silencio, sin intercambiar ninguna mirada.

Cuando el hombre termina se levanta de la mesa y se marcha sin despedirse. Ella se levanta a recoger el plato del hombre aunque no ha terminado su propia cena.

duración desesperante!

INCOMUNICACIÓN $\Rightarrow$ SOLEDAD



Leven años sin hablarse...



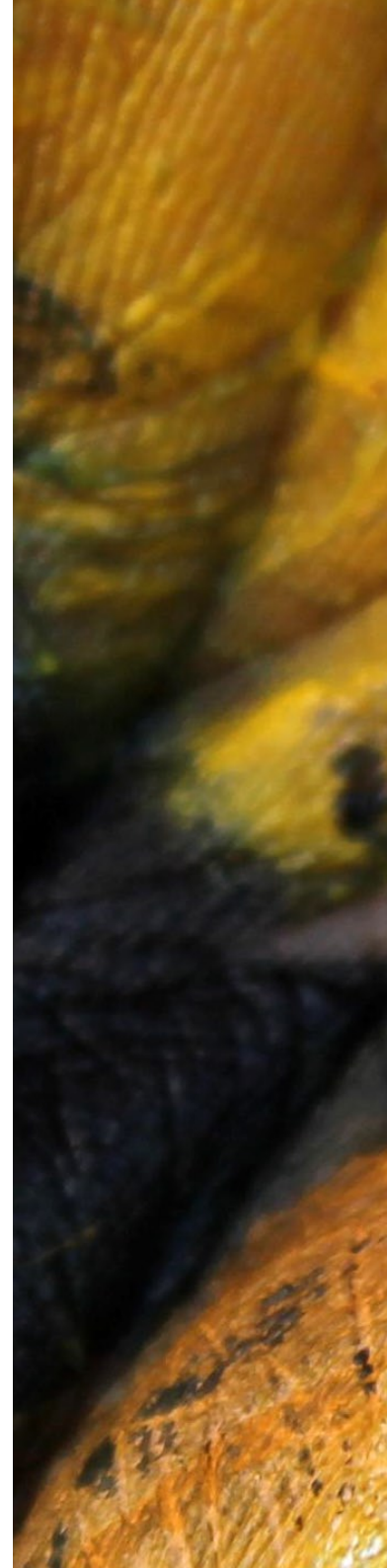
Rutina
(ficción) Full HD 16:9 Color

Lenguaje de signos: sugerencia e interpretación

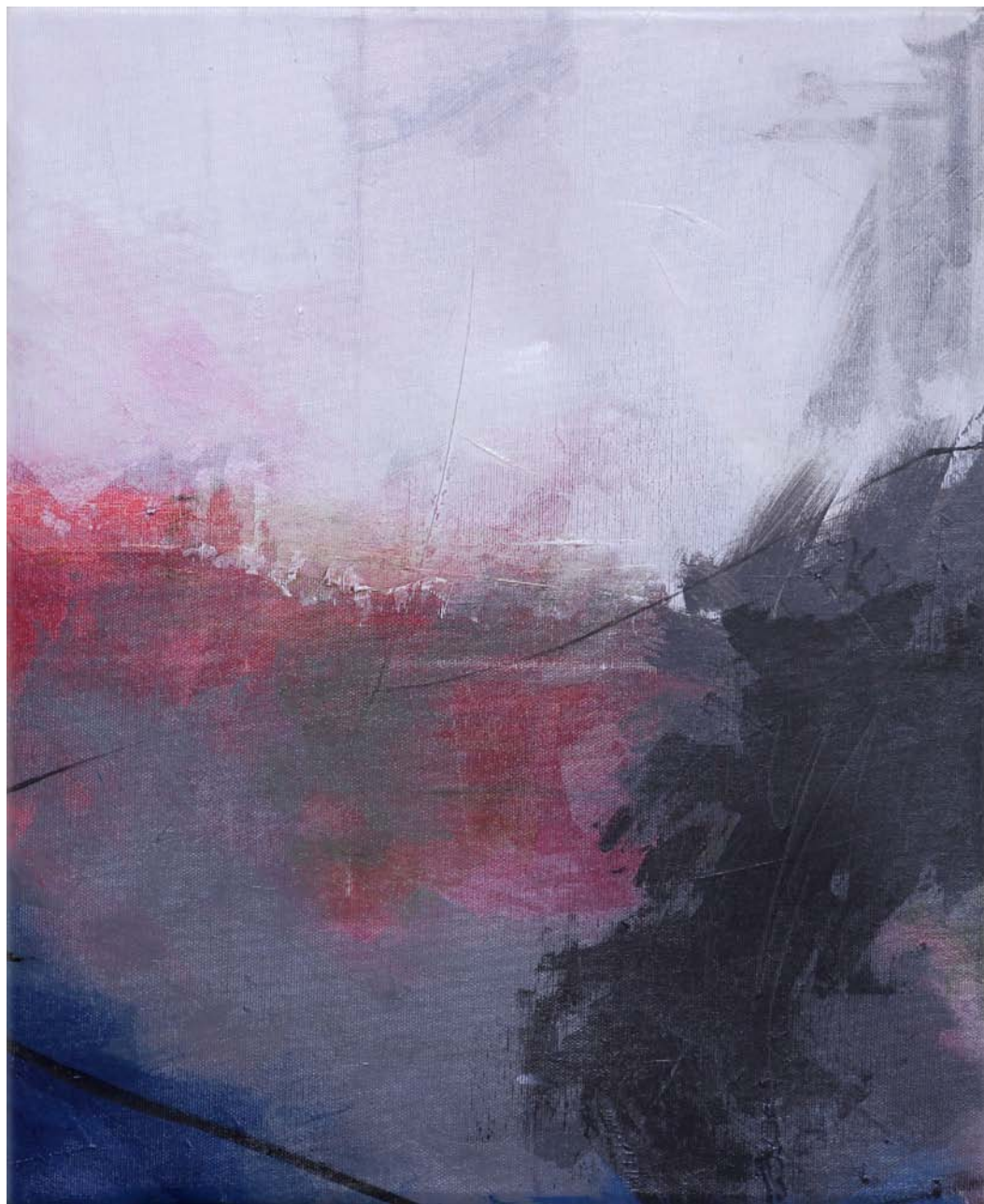
Khadija Mesri

El gesto siempre es anterior a la palabra. La idea que la define se instala en el pasmo imperceptible de las mejillas, el entrecejo y las falanges, antes de que el aliento se forme entre los labios. El mensaje se adelanta en esos movimientos involuntarios: involuntarios de la palabra estricta, razonada, de líneas rígidas; voluntarios, en cambio, de la materia más viva de nuestras emociones. La palabra que se pronuncia es orgullosa, asume el protagonismo de la voz. Sin embargo, las ideas detrás del signo, que anteceden a la palabra y al idioma, pueden materializarse en elementos de nuestra comunión más silenciosa: el lenguaje también es movimiento, el movimiento también es luz, la luz también es color. La pintura de nuestras ideas produce el gesto, el mensaje son todas esas cosas que decimos sin la voz.

Victor J. Herrera







[Sin título], mixta sobre lienzo, 0.46x0.38 m. 2012



[Serie sin título], mixta sobre tabla, tríptico 0.20x0.40 m. c/u 2012



[*Sin título*], mixta sobre lienzo, 1x1 m. 2012



[Sin título], mixta sobre lienzo, 0.46x0.38 m. 2012



[Sin título], mixta sobre lienzo, 0.40x0.60 m. 2012



[Serie sin título], mixta sobre tabla, tríptico 0.20x0.40 m. c/u 2012

Pintura silenciosa

Juanma Moreno

La necesidad de crear algo nuevo, distinto al resto, firmándolo sin letras, sólo con imágenes inmortales que no temen al olvido; que no temen (a nada), que no desean (nada). Porque van más allá. Son la muestra de una huída que ha dejado un rastro de realidad. Una realidad disfrazada con un traje de óleo. Un blanco, si lo hay, que evoca el frío. Y el calor lo desprenden unos personajes ajenos a todo, sólo dependientes de la mano que lleva tanto tiempo trabajando, que teme no saber por qué lo hace. Pero ahí están. Sólo sabe que son parte de ella y que dan todo el sentido del que carecen las obras. Envueltas en un misterio que ha empezado como una duda y que no tiene final, porque cuando éste llegue, la mano, él, Juanma, cansada, comenzará otra obra. Otro motivo por el que merezca la pena seguir pintando. Esa necesidad se vuelve real, forma parte de él y le acompañará siempre, fuera de estos muros. Un grabado a fuego hecho con pintura, un sello imborrable que será pasto del recuerdo de los que todavía están por llegar.

Raquel Antón







Silencio (I), óleo sobre lienzo, 1.14x1.46 m. 2012



Silencio (II), óleo sobre lienzo, 1.14x1.46 m. 2012



Dálmatas y vacas, óleo sobre lienzo, 0.97x1.30 m. 2012



Niño Dios aprieta pero no ahoga, óleo sobre lienzo, 1.46x1.46 m. 2012



Amor, óleo sobre lienzo, 1.30x1.95 m. 2012



La búsqueda del Dios,
óleo sobre lienzo, 1.95x1.30 m. 2012

Archivo sensorial. Paisaje deshabitado

Patricia Rico

No necesito decir Dios, ni amor, ni muerte, ni mentira. Al otro lado de la ventanilla decido yo los sustantivos. La memoria sobrevenida, la ondulación de la salvia, la indefinición de los posibles, los visos cobrizos del añil, el recuerdo y la infinitud de la frontera, principio sin final de los finales. Todo está allí y allí acudo. Mi huida es en realidad un regreso. Una vuelta al origen, al tiempo en el que el lugar era sólo un horizonte. A partir de él persigo los míos. Y me busco.

Nerea Pallares







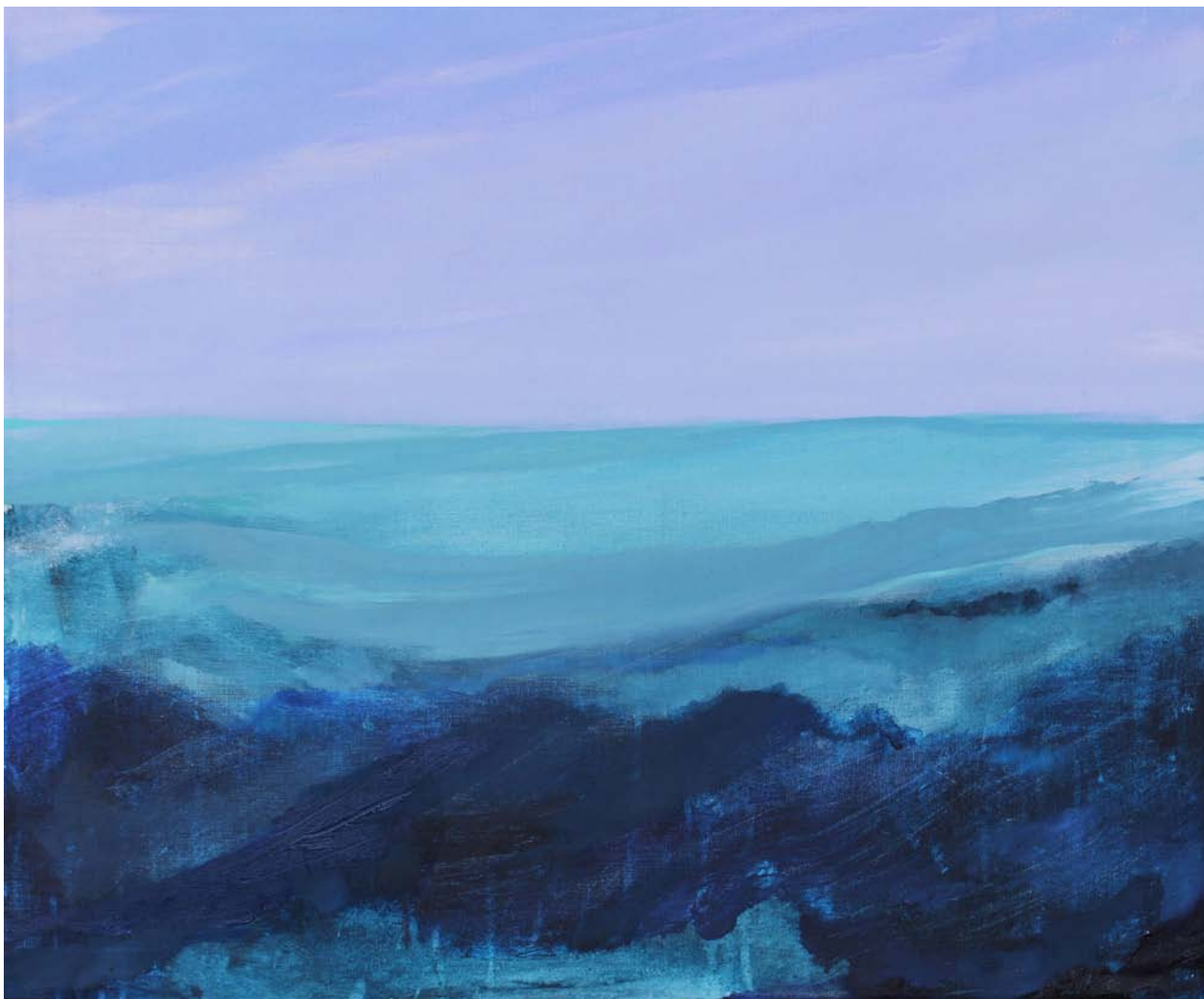
Paisaje XXII, óleo sobre lienzo, 0.70x0.90 m. 2012



Paisaje XIX, óleo sobre lienzo, 0.24x0.40 m. 2011



Paisaje XXVIII, óleo sobre lienzo, 0.33x0.41 m. 2012



Paisaje XXXIII, mixta sobre lienzo, 0.60x0.72 m. 2012



Paisaje XXIV, óleo sobre tabla, 0.30x0.60 m. 2012



Paisaje XXXII, óleo sobre lienzo, 0.80x1 m. 2012

Ensayo visual sobre Andalucía

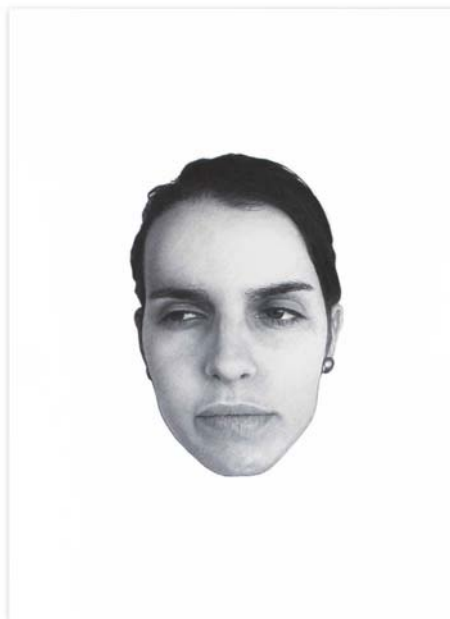
José Joaquín Sánchez Garrido, "Corento"

[...] El lenguaje simbolista queda relegado en beneficio de un estudio pormenorizado de la piel. Pretende vaciarse, o tal vez mejor llenarse de técnica. No quiere destruir sin ser antes el mejor construyendo. Los retratos invitan a ser vistos de cerca, siguiéndolos así con detenimiento, pero el resultado es tan humano que tampoco pueden desprenderse del tacto ni del olfato. Joaquín dignifica las impurezas, retrata los granos, las pecas, los lunares, las manchas, las verrugas, los labios cuarteados, las arrugas, las ojeras, las legañas, las canas, las calvas. Se detiene en los defectos, reproducidos con tanto acierto que cómo llamarlos *defectos*. [...]

Prevía al estudio de la piel está la reflexión del autor en torno a lo que llama "el ser andaluz". Los amigos que retrata no son sus amigos, sino máscaras, actores cuyos gestos contorsiona a su gusto, con elegancia, sin muecas, ensimismados y tristes. Con esa sutileza evita el error de marcarle a un andaluz *cómo tiene que ser un andaluz*, algo habitual en ese tipo de supuestas descripciones. Joaquín es capaz de lo más difícil y paradójico: en un estudio que él considera "sobre el hecho andaluz" dibuja lo universal, tal vez exclusivamente lo universal. Andalucía, le guste o no, no es más que su campo de trabajo, que no es poco, y sus dibujos están ahí, ajenos a fronteras caprichosas, para demostrarlo.

David Manjón Barrera





[Sin título], bolígrafo y lápiz sobre papel, 29x21 cm. c/u, 2012



[Sin título], bolígrafo y lápiz sobre papel, 120x120 cm. 2012



[Sin título], bolígrafo y lápiz sobre papel, 29x21 cm, 2012



[Sin título], bolígrafo y lápiz de color sobre papel, 120x120 cm. 2012



[Sin título], bolígrafo y lápiz de color sobre papel, 120x120 cm. 2012



(detalle)





Literatura

Cristian Alcaraz

Raquel Antón

Andrés Bigorra

Víctor Hugo Juárez

David Manjón Barrera

David Muñoz Mateos

Nerea Pallares

La orientación de las hormigas

Cristian Alcaraz

La realidad como deseo. El abandono como ciudad. El desalojo como posibilidad o falta de comunicación. Un mundo repleto de desagües, de estímulo y respuesta, de infancias fallidas. Una forma de supervivencia, de indecisión, de laberinto. La continuidad como derrota. La orientación como propósito. El lenguaje como amenaza.

Ilustración: Ignacio Estudillo Pérez





CANINO

He salivado como un perro
–descendiente de Pávlov
con la boca repleta de moscas–
todas las veces que asoma y procura un encuentro.
Me he saltado todas las señales de STOP!
con el objetivo de que un coche me estampe hacia la izquierda
y volar.

He llamado al sol infierno y al calor autoestima.
He cortado la piel que me sobra de la oreja
para sentirme un poco más usado.

Escucho por placer el ritmo de otros testículos
golpeándome

y bailo
ti-ro-te-a-do.

LA ORIENTACIÓN DE LAS HORMIGAS

Ciego y sin sombra te despiertas. Di
qué ves. Lamentate de la locura a solas
en una cama,
del frío que cae sobre los niños
sin bufanda
en un otoño de algún año.
No sabes cuál.

Plantéate la vida como desagüe.
Ya no verás cómo te vas destrozando, ya no verás la llaga, la herida,
ya no verás París, la luz ni el humo.
Ya no verás los huesos podridos de los animales.

Serás pájaro en el suelo
y un paisaje.
Serás la orientación de las hormigas.

Has despertado ciego
y tropezado con mi cuerpo trémulo, *semiciego por ti*, bastardo
en la otra orilla.
Has caído como el cuerpo de un niño ametrallado
sin fuerza para subir a la superficie
y respirar.

BOARDING PASS

Pensar que –un ejemplo –las ciudades se comunican por un pájaro.

Decir distancia en vez de encuentro.

Pensar que una despedida dura lo que dura una frecuencia. Atestiguarlo con un reloj. Un ejemplo. Una culpa. La culpa.

Mirar a través de las salidas de emergencia. Buscarse como Edipo después de rebanarse los ojos con un cúter. En el espejo Narciso regurgita.

Decir bomba

o basta

o perdón

en vez de decir no-quiero-volver-a-verte-nunca-más.

Cómo ve cada uno el mundo.

Preguntas.

Que los países se transfiguran como una maqueta,
y tú, que todavía no sabes que te busco, te escondes debajo de una araña.

–Ariadna abandonada en una boca de metro–

Que si los países o el horror... Que si todo lo que ocurre es despreciable...

Tener alas o un destino. Agotar la cuenta del kilometraje.

Decir “cierre del acceso” o “Faetón, olvidaste las alas”.

Tres pares de zapatos no son sinónimo
de vivencia.

Que si la vida juntos... Que si diariamente...

Aseguro hoy que la soledad no es mi problema:
He vivido soportando tu distancia y vuelvo con uniforme nuevo
para olvidarlo. No he descifrado nada más de ti.

Cómo ve cada uno su huida.

Preguntas.

Te agarra de la espalda la necesidad de algo más. Te dejo libre y digo
“una ciudad incomunicada por un pájaro”,
y digo “pájaro” mil veces.

Y desde entonces no importa el instante. Soy Ícaro cayendo por la escalera

una
y otra
vez.

No la belleza ni la agonía de no poder hablar. No
el precio de la gasolina.

Hoy

recoges tus maletas

y es hoy cuando me doy cuenta de que faltas.

Boarding Pass. Tarjeta de aislamiento.

Embarque por el pasillo

de la derecha.

Larga distancia.

Lo que queda de una vida que desconoces está debajo de tus pies, colgado de las paredes, desmontado. Cuatro pisos de escaleras es espacio suficiente para pensar que este no es tu sitio ya. Abandonarse en un edificio supone correr el riesgo de que el pasado te agarre fuerte de los tobillos.

Recorres las escaleras de esta mansión –aquí un zapato, aquí un retrato de mamá– tocando el polvo que llegó mientras no estabas. Sientes miedo porque con el tiempo tu casa ha sido otra casa. Ahora regresas. Justo en este momento te das cuenta de todo. Te saluda una tristeza por el pecho que desea salir, romper tus músculos y la moqueta. Las paredes te recriminan el poco tiempo que has pasado allí. Mamá te echaba tanto de menos... Se escucha algo en la puerta principal. Imaginas que hay corriente en esta casa y que huele a pan quemado. Es el aire el que te mueve el pelo. El viento, el viento... Regresas a los doce años.

Desearías cambiar el papel pintado y conservar la cortina del baño, pero ya es tarde. Desearías haber estado esos últimos años, pero ya es tarde. El retrato de familia (todas esas caras) te señala desde el recibidor. *No vuelvas a pegar un portazo.*

NIÑO PÁJARO

Yo, que nunca he dormido,
describo versos y ciudades desde el edredón. Pienso
en Dios con un hacha
cada vez que me desnudo ante esos hombres.
Hipócrita como soy
no merezco el cielo de la boca. No merezco
paisaje azul ni gris, tampoco.

Yo, niño pájaro,
el origen de la fuerza y de la envidia, de la certeza cruel
y de las llaves
soporto a medias esta soledad.

Yo, que nunca he despegado,
encuentro en la altura una forma de refugio
de la que no participo.

No he luchado nunca por quedarme.
Solo he deseado volar
en mil pedazos.

El reloj de ceniza

Raquel Antón

Irene Yuste es una joven policía que, tras ser suspendida de su trabajo, decide regresar al lugar donde veraneaba de niña, una pequeña aldea llamada Sesga en el Rincón de Ademuz. Allí descubrirá que la muerte de su hermano, catorce años antes, no fue un accidente y que, en realidad, se trata de una de las víctimas de un peligroso asesino en serie que ha vuelto a actuar. Con la ayuda de un guardia civil principiante, decide llegar hasta el fondo del asunto aunque no le será fácil; nadie parece querer recordar lo sucedido. El reencuentro con los amores del pasado, cinco sospechosos y la sombra de unas víctimas inocentes, son los elementos para resolver este misterio antes de que termine el verano. Si no lograra encontrar al asesino, su rastro se perdería convertido en ceniza.

Ilustración: Juanma Moreno Sánchez





(fragmento)

Irene contemplaba el paisaje por la ventana; detrás, Esperanza cerraba la última de las cajas apiladas en el recibidor, mirando a su hija, una vez más, como si fuera una extraña. De nuevo había creado ese muro infranqueable que la hacía cuestionarse si perdía el tiempo. Todavía tenía aquella imagen fija en su cabeza, aquel aroma en medio del bosque, esa colilla de la misma marca que fumaba Fernando y, sin embargo, debía descartar la posibilidad de que su ex marido hubiera vuelto por allí. Irene se volvió de golpe y cerró el balcón como última muestra de despedida de la casa, en aquellas dos semanas que habían pasado desde que el Teniente Coronel, Carlos Costalés, decidiera cerrar el caso del joven Javier Gálvez y por tanto, toda esperanza de encontrar al asesino de su hermano, había decidido venderla y regresar a Valencia a intentar recuperar los restos de la vida que había abandonado. Cargó las cajas en el coche y vio marchar a su madre en uno de ellos. El otro, todavía no estaba preparado. Sonrió al ver acercarse a David. No habían vuelto a hablar desde la última vez que le había visto, aquella discusión por haber encontrado a Patricia en su cama, y había temido no poder despedirse de él. Al llegar, la ayudó a colocar en el maletero las escasas pertenencias que tenía.

—Siento que te vayas sin haber podido hablar; si te sirve de consuelo, no creo que fueran accidentes —le dijo mientras ella desviaba la mirada.

—Yo tampoco lo creo pero no puedo ser la única que no esté equivocada, David, tú mismo lo dijiste. Creo que lo mejor es que vuelva a mi casa y recupere mi trabajo; intentaré que lo que ha pasado aquí no llegue a oídos de mis superiores o estaré jodida.

Unos pasos detrás de ella interrumpieron la conversación. Juan, con la respiración entrecortada, se interpuso entre ambos.

—¿No pensabas despedirte de mí? —le dijo el muchacho mientras se limpiaba el sudor de la frente —creo que me lo merezco después de todo, ¿no? Te ibas a marchar como la otra vez. Si lo has hecho para que no intente que te quedes aquí conmigo, estabas equivocada.

—No quería despedirme de nadie, ha sido algo que tenía pensado desde hace un tiempo. Llegué a Sesga a vender una casa y me creí con derecho a destruirlo todo. No hay asesino, mi hermano se cayó desde el cementerio y se mató. Intentar encontrar una conexión con las demás muertes es absurdo —dijo abatida por la situación.

Un grupo de niños pasó corriendo con sus bicicletas e Irene recordó aquella primera vez que había visto a David, en aquella misma cuesta poco tiempo después de llegar al pueblo. Uno de los chiquillos tuvo que girar el manillar de la bici para no chocar contra el coche negro que había aparcado en la puerta de la casa y, perdiendo el equilibrio, volcó. Los tres se acercaron al niño que, con dificultad se levantó dejando algo brillante en el suelo. Mientras Juan examinaba al chiquillo, Irene tomó la forma redondeada que brillaba en el asfalto. Reconocía aquella esfera con incrustaciones de plata. Abrió la tapa; era un reloj de bolsillo con la hora parada. Leyó la inscripción de la parte trasera: *Para papá, porque si lo desea, puede hacer que el tiempo vaya al revés*. El niño le quitó el reloj de las manos y salió corriendo.

—Coge el reloj —le dijo a David que la miraba sin comprender nada— ¡Cógelo!

David corrió tras el muchacho y lo detuvo quitándole el reloj de las manos. El chico

repetía que era suyo mientras intentaba zafarse. Juan se acercó y le mostró un billete de cincuenta euros. *Te lo compro*, le dijo mientras extendía la mano. El joven dejó de gritar y le dio el reloj. El médico miró a David, *cada uno tiene sus métodos, Olcina*.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Irene con tono severo. Juan la retuvo con la mano. —¿De dónde? —le gritó.

—Estaba en el cementerio, se lo juro señora, yo no lo he robado. Estábamos jugando y lo encontré escarbando al lado de la losa grande que hay; pueden quedárselo, está roto —explicó el chico guardándose el billete.

—¿Qué losa? —dijo David examinando el reloj sin comprender por qué Irene estaba tan nerviosa.

—La grande que hay al lado de la puerta, estábamos buscando escorpiones en la tierra y lo vi; es viejo y creía que no era de nadie así que me lo quedé.

Después de la explicación, Irene le dijo que se marchara y el muchacho sin pensárselo dos veces, echó a correr. Juan la miró también ajeno, y ella se apoyó en la casa que tenía a sus espaldas arrancándole el reloj a David de la mano.

—Este reloj era un regalo para mi padre, mi madre lo encargó el verano en que Héctor murió —dijo enseñándole la inscripción.

—Irene, hay muchos relojes iguales... puede ser de cualquiera.

Ella no contestó, cogió el reloj y comenzó a darle cuerda, después se lo tendió a Juan.

—¿Cuántos relojes conoces en los que las manecillas vayan al revés?, fue una idea de mi madre. Aquel verano mi padre cumplía cincuenta años y tenía miedo de envejecer. Ella le decía que era la mejor edad para volver a ser joven. Una idiotez

como las que suele decir ella...

—Esto no significa nada —le dijo Juan.

—Si lo de mi hermano fue un accidente, Juan, ¿por qué iba a enterrar ese reloj en el cementerio aquella noche, al lado de la pared donde murió? No tiene sentido. Esta es la prueba que necesitaba para saber que a Héctor lo mataron.

—Esto para la Guardia Civil no es una prueba, es una coincidencia.

—Es una prueba para mí —contestó ella— si algo he hecho mal desde el principio ha sido acudir a la Guardia Civil; ese hijo de puta sigue en el pueblo y ha matado a seis personas, y juego con ventaja.

—¿Qué ventaja tienes, Irene? —preguntó David— él lleva más de veinte años matando.

—Mi ventaja es que cree que ya no le estoy buscando; se relajará. Sé cómo es, necesita matar.

—Por el amor de Dios, en veinte años seis víctimas... ¿cuántos años vas a esperar?

—No lo entendéis, no son víctimas al azar, las elige. Si encontramos la pauta que falta, podremos encontrar a las víctimas potenciales que nos llevarán hasta él.

Irene los miró y se dirigió hasta el coche descargando todas las cajas que había en su interior. Su mente trabajaba más rápido que nunca y necesitaba pensar. Agosto había llegado y, en septiembre el pueblo quedaría desértico. Miró la puerta de la casa y los invitó a pasar.

—¿Significa esto que te quedas en Sesga? —preguntó Juan entrando detrás de ella.

La joven asintió y entró en el comedor. Abrió el balcón y dejó que entrase el aire, respiró profundamente y comenzó a desembalar cajas. Después de colocar las fotografías de los chicos fallecidos en una de las paredes blancas de la habitación, fijó otras cinco en el lugar donde había estado la foto de Héctor días atrás.

—¿Qué es eso? —dijo David reconociendo los rostros de los cinco ancianos.

—Mis sospechosos —respondió ella. Se recogió el pelo y comenzó a trabajar.

Todavía sentía la sensación de libertad que le había producido la noticia del día anterior. Todo el miedo que sentía por ser descubierto se había desvanecido. Ahora tenía más claro que nunca que alguien, allá arriba, estaba de su lado. Tal vez Elena hubiera comprendido al fin, por qué mató a su hermano y le echaba una mano. No le gustaba pensar en ella, aunque Irene había despertado demasiados recuerdos enterrados. Sin embargo, ahora era libre, eran libres. Por primera vez tenía una compañera de viaje para poder cumplir sus planes, Ella, que siempre había sido una mera espectadora de la misteriosa realidad que todo lo envolvía, ahora era partícipe de aquel acontecimiento para el que todavía quedaban años.

No dejaba nada al azar y contempló desde la ventana de su despacho, un grupo de jóvenes que, ajenos a todo, jugaban a una variedad del fútbol a la que habían decidido llamar fútbol – cara. Cuando vio al joven que, apoyado de espaldas a la pared, recibía los balonazos con fuerza, comprendió el por qué del nombre. Lo contempló durante unos minutos, ya lo había observado antes, tenía tan sólo diez años y el cabello comenzaba a oscurecerse, aquello no importaba. Los ojos claros no cambiarían con los años. Sangraba por la nariz y se aquejaba de un hombro; los otros niños ignoraban las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y le proferían los golpes que se sucedían,

unos a otros, haciendo paradas mínimas para poder reponer líquidos. No era justo para aquel muchacho, igual que no lo había sido para los otros siete. Tenía que hacer algo por ayudarle; había llegado a su vida como un ángel, cuando había perdido toda esperanza de encontrar un sustituto al ya olvidado en la aldea, Javier Gálvez. Poco importaba su nombre, era uno más en la lista que había comenzado a redactar tiempo atrás; era un hombre afortunado, después de tantos años y de temer perder esa tradición, había encontrado un alma gemela que continuase con su trabajo cuando él ya no estuviera, aunque pudieran pasar muchos años para entonces.

Abrió el primer cajón y sacó una libreta, hizo un esbozo del pequeño y después anotó su nombre. Conocía bien a su familia y las costumbres de su padre por pasar las noches más frías con jóvenes de alquiler. Aquel dato no era relevante en ese momento, pero no podía dejarlo pasar. Ojeó las páginas de la libreta e inspiró profundamente el aroma del papel desgastado. Le quedaban pocas hojas ya pero quería que, la siguiente que tuviera, fuese sólo de Ella. Un pequeño regalo. Miró de nuevo por la ventana, el niño tomó el balón y, cansado, devolvió uno de los múltiples golpes que había recibido. *No deberías haber hecho eso*, musitó. El resto de los muchachos corrieron tras él y le alcanzaron rápidamente, comenzaron a golpearle con brazos y piernas mientras el pequeño sollozaba. Él cerró el despacho con llave y, aquejoso de la rodilla izquierda, corrió en su auxilio. Los niños huyeron de la escena y el hombre, tomándolo entre sus brazos intentó limpiarle la sangre de la cara. *Tranquilo pequeño, no te vas a morir, ese es un placer que me reservo yo para dentro de muchos años*. El niño quedó inconsciente y el hombre se levantó del suelo. Sacó su móvil y buscó en su agenda, Juan Galdós. Al tercer tono el doctor contestó y, tras darle una breve descripción del escenario, el hombre colgó el teléfono. *Tranquilo pequeño – repitió – tan sólo te quedan unos años de sufrimiento. Todo pasará, todo pasará*. Y, aún cojeando, se perdió de nuevo en la casa.

La muerte se viste de azul

Andrés Bigorra

La muerte se viste de azul comienza con el día en que Victoria conoce a la Muerte. Desde ese primer recuerdo, su vida la llevará por una ciudad en decadencia, una sociedad represiva, la maternidad, los cementerios, el amor o las calles de un París que no existe. A través de la imaginación y de la confusión de las fronteras narrativas, *La muerte se viste de azul* crea un cuento sobre la libertad, el humor y la pérdida.

Ilustración: María Reyes Fernández García





(fragmento)

Victoria tenía cinco años. Estaba en el cementerio, una más entre las figuras de negro que asistían para enterrar a su padre. Estaba, también, a punto de empezar a tener recuerdos. El incienso seguía subiendo, y las oraciones salían las unas detrás de las otras en una cadena que nunca se terminaba y las paladas tamborileaban sobre la madera, la una, la otra, enterrando al muerto y nunca se terminaban y el funeral en general era eterno y parecía que nunca iba a acabarse y de repente se alzaba una voz, la voz de una niña, y decía:

—Me aburro.

En efecto, Victoria se aburría. Lo había dicho sin dirigirse a nadie en particular, como si no esperara ni siquiera una respuesta. Señalaba, más bien, un hecho irreversible, y a partir de ese momento Victoria empezaría su vida, empezaría su propia memoria. El resto de asistentes, todo hay que decirlo, fueron poco solidarios con la importancia de la situación. De hecho, lo único que comentarían días más tarde, semanas más tarde, era que vaya un ataque frontal a la etiqueta. Al obispo casi se le caen las gafillas de alambre, tartamudeó el latín y el resto de las oraciones fueron como un borracho que renqueara entre las tumbas. Ajena a que con aquello su hija empezaba a vivir, doña Bárbara se moría de vergüenza, apretaba la mandíbula, miraba al frente y hacía como que nada había pasado. Y entretanto, Victoria se les escapaba a todos. Entre las piernas, entre las manos y los trajes negros, Victoria se abría paso casi a rastras, porque cualquier cosa es mejor que la monotonía de los funerales. Al poco vería la luz. Empezó a alejarse sin mirar atrás, con una sensación que compararía años después a lo que se siente cuando una lleva mucho rato buceando y parece que el aire se le acabase y asoma, al fin, la cabeza; pues lo mismo, pero no en el agua, sino en el aburrimiento. Era un sentimiento de alivio. Victoria no pensaba en cómo, a sus espaldas, la crema y la nata de la sociedad la criticaba, su padre era enterrado, sus hermanas se removían inquietas y su madre, tensa, avergonzada, no sabía que se le había escurrido entre los dedos. Pensaba en cosas muy distintas.

Para empezar, estaba pensando en pasear, en un pie delante del otro y en el sonido de los zapatos —tap, tap —en las piedrecillas. Aquel ritmo le gustaba. No es que tuviera muchos ritmos con que comparar en la memoria, pero era distinto de las paladas o del latín, y era bastante. Pensaba en los árboles —no conocía aún la palabra “cipreses” —que se movían como espigas y balanceaban sus sombras sobre las tumbas. Pensaba en los gorriones y pensaba en las paredes, en los nichos, que brillaban tan intensos y tan blancos, en las tejas repletas de hierbecillas. Le gustaba

aquel sitio. No acababa de entender la seriedad que había dejado atrás, todo aquel aburrimiento de nombres y personalidades, aquella ropa negra, aquel idioma que ni se entendía. El cementerio era un lugar bonito, y había mejores cosas que hacer que quedarse muy quieta y ver cómo la tierra iba cayendo sobre un ataúd. Era mejor estar paseando. Pensando aquello, se le escapó una sonrisa, una tan tranquila, tan despreocupada y tan alegre que fue una suerte que se hubiese apartado del funeral, porque hubiese levantado otra avalancha de comentarios. Victoria caminaba oyéndose caminar, mirando las sombras y mirando la luz. Caminaba sonriendo.

Estaba viendo las cosas como si fuese la primera vez. Después de todo, después de aquel aburrimiento y de estar justo empezando a estar viva, eso diría, un poquito de espacio para mirar las cosas era de agradecer. Entonces le dio por mirar al cielo. Era un día de invierno soleado y frío, sin una nube y con una luz tan limpia que parece que viniera de otra parte. El cielo tenía un color tan azul, tan intensamente azul, tan terriblemente azul, que si había habido poco espacio en su cabeza para el funeral, ya no quedaba ninguno. Durante un rato sólo estuvo el cielo, su respiración y los pasos. Victoria se oía andar y se oía estar viva, y el aire entraba y escapaba, y caminaba sin mirar por dónde iba. Su cabeza la ocupaba entera aquel azul que debía ser, pensaba ella, el azul de los hombres locos o el azul de algunas cosas que no se dicen, que no se saben, que no están del todo escritas, ni sabidas, ni pensadas, ni ocultas, y que tan sólo describen como los huecos entre cada palabra. Lo que, en resumidas cuentas, viene a significar que ni Victoria ni el narrador tenían la menor idea de qué estaba sintiendo en aquel momento, pero a su juicio era agradable y sabía un poco a eterno. Por cómoda que estuviese ella, para la narración es un fastidio que su protagonista se dedique a caminar al azar por un cementerio y a mirar al cielo tan azul y a dejar que el tiempo le pase. No hay nada nuevo que decir, nada que hacer, así que fue una suerte que hubiera una interrupción. Victoria sintió que se chocaba contra un cuerpo y bajó la vista del cielo. Se había dado de bruces

con la Muerte.

Por supuesto, no se puede asegurar que se tratase de la Muerte. No se conocen antecedentes de gente que se diese de bruces contra la Muerte en ninguna parte, aunque se debe admitir que, puestos a chocar con la Muerte, el cementerio es el mejor sitio. Tampoco hubo testigos que la viesen, pero es cierto que todos los testigos posibles estaban lejos, ocupados en seguir murmurando o en seguir mascullando latines o en seguir dando paladas en un funeral que nunca parecía acabarse. Dadas las pruebas disponibles, la cuestión se queda en interrogante. No es nuestro trabajo, al fin y al cabo, demostrar la existencia o no de ninguna entidad sobrenatural, sea la Muerte o la Santa Virgen. Lo cierto es que Victoria sostuvo entonces, y había de sostener toda su vida, que se había dado de bruces con la Muerte. Lo haría mucho después ante sus hijos cuando le preguntaran los tres, casi a coro, “¿Pero cómo sabías que era la Muerte?” y ella les contestase “Pues muy sencillo”, con voz muy tierna, muy lenta, muy suave, “se presentó”. “¿Y cómo era?”, preguntaría Barbarita, tan pequeña y ya con aquel rasgo suyo de querer saberlo siempre todo. Lo cierto es que es una pregunta inteligente, y no se puede sino considerar que una descripción viene al caso. La Muerte era una mujer de unos cuarenta años, quizás algo rellenita. Tenía un rostro anguloso, aunque no huesudo, en que destacaban, de arriba a abajo, un pelo rizado entre cano y negro, unas cejas pobladas y amables, unos ojos azules y expresivos, una nariz ancha, y, por último, unos labios tan normales, tan aburridos, que resultaban sorprendentes. Con ellos, nada más chocar, la Muerte le dedicó una sonrisa. Tenía los dientes pequeños.

Con una mano de dedos largos, de dedos fuertes, la Muerte se alisó el vestido. Era algo ceñido, de falda larga y el mismo azul de aquel cielo, del mismo azul también que su sombrero o su sombrilla. “¿Pero por qué se vestía de azul?”, le preguntaría Renard la primera vez que se lo contase, ya muy lejos de su ciudad natal,

de su familia pobre pero llena de honra. Victoria menearía la cabeza, le sonreiría. “Si tú te dices de bruces con la Muerte, mi amor”, le contestaría con cierta incredulidad, como si la pregunta fuese absurda, “¿no tendrías nada mejor para hablar que de su ropa?”. Pero se quedaría pensativa un segundo, considerando. “Supongo que porque le gustaba”, jugaría con un mechón de pelo, sonreiría, “Aunque fuera un poco hortera”. Ambos respirarían lentamente. La ventana repiquetearía como un tambor, protegiéndoles contra la lluvia, porque París es muy frío y su familia, su ciudad, estaban lejos. “¿Y qué le dijiste?”, insistiría Renard, queriendo saber. “Pues: Uy, perdone”. Eso dijo en efecto, porque Victoria podría andar sin mirar a dónde y darse de bruces con la Muerte, pero era una niña muy bien educada. Luego, merced a esa misma educación, siguió con un “Hola, soy Victoria Blanca de Hurtado” y recibió un “Hola, yo soy la Muerte” por respuesta. Hablaron durante algún tiempo, tanto que dio lugar a que terminase la ceremonia y se diesen los pésames y doña Bárbara quisiera que la tierra se la tragase al ver que su niña, no estaba para estrechar las manos después de aquella desvergüenza. “¿Pero de qué hablasteis?”, seguiría insistiendo Renard mucho más tarde, porque era la conversación lo que le interesaba. “Lógicamente”, señalaría ella con una sonrisa, “de la vida”.

En realidad, esa es su visión medio idealizada del recuerdo, porque una niña, por precoz que sea, no se pone a hablar de la vida tan fácilmente. Empezaron hablando de que el cementerio estaba muy bonito, con esa luz. Eso llevó a que por qué la gente se emperraba en no ir más que para estar triste, y eso a que la Muerte señalase que en algún sitio había que estar triste y decir adiós, en algún lugar debían de estar los muertos. Victoria negó con la cabeza, porque, a su parecer, aquel lugar era tan bonito que no lo merecía. Pensando en alternativas, fue incapaz de dar ninguna, quizá porque su mundo era estrecho, quizás porque se le ocurría algo agradable que buscar en cualquier parte, quizá porque era inocente. Quizá también porque, al fin y al cabo, tenía cinco años y uno no puede pedirle tampoco una revisión del

concepto de rito funerario a la chiquilla. En cualquier caso, Victoria sostuvo, tras meditarlo, que ningún sitio era bueno para estar muerto. “Pero todo el mundo tiene que morir”, dijo la Muerte, “y algo habrá que hacer con ellos”. La niña lo pensó un poco, quedó callada. A lo lejos, se atisbaba a doña Bárbara. Buscaba a su hija con los ojos como espadas, los labios pálidos de tanto contener un suspiro, ante todas las cosas, ante todo, hay que mantener firme la apariencia. Victoria abrió la boca y tomó el aire para contestar. Los ojos, siempre, lo contara cuando lo contase, aun cuando fuese anciana y el cuerpo le doliera y recordara todo y la creyeran un pelín loca, brillarían de la misma manera que brillaron entonces. Tranquilos, firmes: eran sus ojos de tomar decisiones. Las pisadas de su madre se oían más cerca, debía de irse, tenía prisa. Así que soltó el aire y contestó a la Muerte:

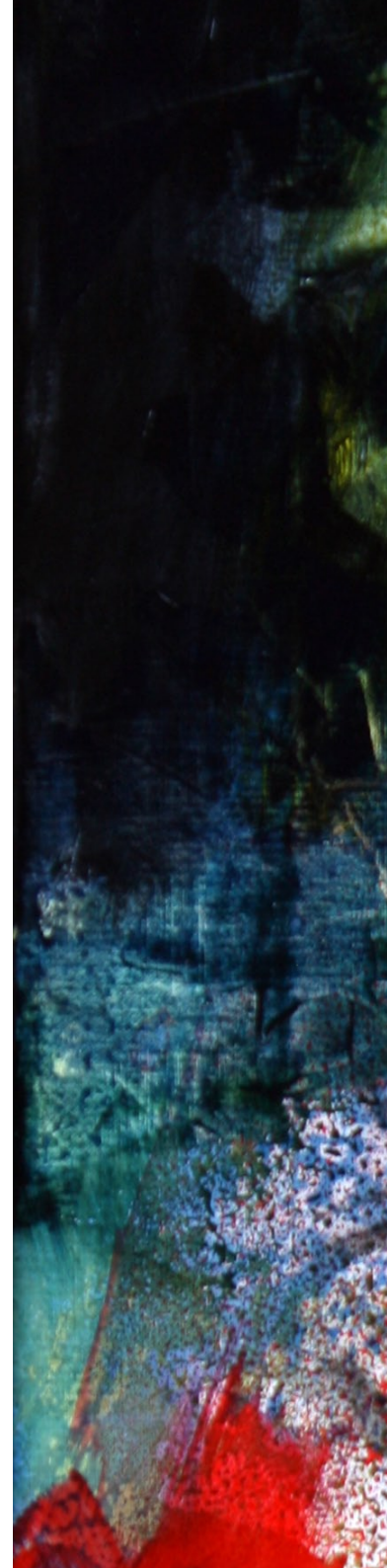
—Pues yo no voy a morir nunca.

La cargada

Victor Hugo Juárez

Todo pueblo está al servicio de caciques, aristócratas o santos. Las sedes de los tres poderes guían la vida de todas las pequeñas sociedades en los municipios olvidados de México. A veces los poderes se pelean, a veces recelan, y cuando, a veces, se ponen de acuerdo, ocurren milagros. Así se consume un pueblo, cuando el triunvirato está de fiesta.

Ilustración: Khadija Mesri



An abstract artwork featuring a complex layering of colors and textures. The composition is dominated by a bright yellow area in the upper left, which transitions into a dark, almost black, textured region on the right. Below the yellow, there's a section with horizontal lines and a mix of green and blue. The bottom left corner is filled with a dense, granular texture of red, white, and blue. The overall effect is one of depth and dynamic energy, with various brushstrokes and material layers visible.

¡Viva

Isidro

Labrador!

Capítulo 2 (Fragmento)

Ebrio, el Cronista de la ciudad se acercó a los campesinos. Les besó la frente, se inclinó y persignó ante ellos; la gente guardó silencio por el tiempo que duró el ritual, luego se deshizo en aplausos. Hasta el Obispo, cuya sotana se perdía en las penumbras que crecían desde el suelo, donde las lámparas de la ciudad no le alcanzaban a iluminar, dejó escapar un sollozo. Se hallaban los altares repletos de velas que escurrían hacia el suelo: las flamas de algunas se apagaron y el largo listón humeante que exhalaban hundió a la gente en sopor. Sentados, todo el mundo; el Presidente Municipal, el secretario del ayuntamiento (“Del Honorable Ayuntamiento, acuértese”), el jefe de planeación y obra pública, los once regidores y sus esposas detrás de ellos; el tesorero, el director de seguridad, casi todo el cabildo de la diócesis y, por supuesto, cientos y cientos de hombres y mujeres, desplegados en el inmenso patio de la Parroquia de San Juan Bautista. Cuando el Cronista tambaleó hasta su asiento y el paje del Obispo atenuó la luz de la iglesia, inició la misa.

Con el micrófono en la mano, el Obispo alabó la valentía de los campesinos. De vez en cuando acariciaba sus cabezas mientras iba y venía del altar, y ellos se miraban y miraban a los demás para saber cuándo podrían regresar a sus lugares porque les dolían las rodillas en esa postura. Oh, si serán misteriosos los actos del Señor, tanto, que cuando parece que te llama para que lo acompañes a su Reino, llegan momentos como éste y te enteras que aún no ha llegado tu tiempo. Las esposas de los regidores asentían a cada palabra del Obispo, en parte porque estaban de acuerdo, en parte porque les adormecía el humo de los cirios que se iban apagando. Los de afuera escuchaban a través de unos altavoces que ensuciaron la voz del Obispo como si hablaran, a la vez, miles de moscas dentro de su boca; así que, como último recurso, la gente aguzaba los ojos hacia los altavoces, esperando oír mejor, como hacen cuando la imagen de la televisión empieza a fallar.

También es cierto que muchas veces, los que parecen actos del Señor resultan nada más que falacias, ¡falacias!, trucos engaña-bobos, máscaras, maquillaje en el que se revisten los actos que obran en contra de los mandatos del Señor. El Cronista se aproximó al Presidente Municipal, con la dulzura de su voz le informó que había mucha prensa en el evento, más de la que esperaban, y le palmeó la espalda. El Presidente le agradeció el dato y siguió escuchando al Obispo que desintegraba el micrófono con las fuertes convicciones de sus palabras. ¡Dios, y nadie más! Es el responsable de los maravillosos actos que estamos presenciando, porque sólo su fuerza pudo salvar a éstos, nuestros hermanos, de morir enterrados por las lluvias que Él mismo nos manda, para hidratar nuestros campos... y nuestros corazones. “Pedro, el de la derecha, es del Barrio de San Mateo” le decía el Cronista al Presidente Municipal. Pedro, arrodillado frente al altar, miraba las formas que adquiriría la sotana del Obispo mientras agitaba sus brazos y piernas. A su lado, Jesuí hacía muecas de dolor, intentando rascarse la rodilla izquierda. Tú, Jesuí, Tú, Pedro, testigos de la

obra de Dios en la Tierra, supervivientes y privilegiados, que nos han adelantado a los demás, a quienes les fue permitido observar el bello rostro de la divinidad, la comunidad los alaba, no tanto como alabamos al Señor, sublime hacedor de esta nueva vida que les otorga y por la cual serán siempre bienvenidos en su Reino.

El Obispo se detuvo en un pequeño descanso que aprovechó para beber agua de una botella que tenía colocada por un lado del cáliz; el Presidente volteó la cabeza para corroborar los datos del Cronista, cuyo aliento penetrante parecía llegar a él por encima del hombro. Bajo una columna de la iglesia se apretujaban doce hombres con sendos gafetes colgando de sus cuellos, se desabotonaban el cuello y cuchicheaban sobre el calor. El Presidente pudo identificar a siete, que venían del Distrito Federal, y que había conocido antes, los demás escribían notas para periódicos del Estado y para la gaceta oficial del Municipio. Uno de ellos le pareció irreconocible: un jovencillo que jamás despegaba la vista a Jesuí y Pedro, de rodillas maceradas, con unas gafas enormes y un bigote recortado con esmero. El Presidente preguntó al Cronista:

—¿Y ese?

—¿Ese?, ese viene de Monclova, quién sabe cómo se enteró. —al Cronista le empezaba a escurrir el sudor por las mejillas. El Obispo reanudó el sermón— Pero está bueno, ¿no?

—Está bueno— Respondió el Presidente.

¡Por supuesto! Estamos ansiosos por informar, en Roma, sobre este milagro que nos llena de bendiciones, aprovechando que no falta mucho para la visita de nuestro Santo Padre, enamorado de nuestras tierras, a quien, no lo duden, la noticia lo llenará de júbilo y de alegría. La iglesia tembló con los aplausos. La gente se levantó de sus asientos y se agolpó frente a Pedro y a Jesuí, que acariciaban sus rodillas mientras saludaban a la gente y recibían abrazos, besos, medallitas y collares, rosarios y crucifijos, hasta que el Obispo se acercó a ellos para detener a la gente, diciendo

“Eh, no me los maltraten”, pero también estaban los periodistas, y sobre todo los que venían del D.F. que se colaban por detrás del Obispo y organizaban citas a los dos campesinos y entregaban tarjetas con sus teléfonos. El joven de Monclova se aproximó por detrás de los capitalinos y empezó a gritar, ¡te invito una copa, te invito una copa! Y con eso voltearon Pedro y Jesuí pero no lograron identificar al que les gritaba; además, el Obispo los tenía agarrados del brazo y los llevaba entre la marea de gente hacia la puerta que llevaba al Convento. El Cronista se acercó al de Monclova, le asió del brazo y le acercó la boca al oído.

—¿Usted quién es?

Dijo quién era.

—¿Y cómo se enteró?

Le dijo que se había enterado por una prima que vivía en el Barrio de San Mateo, y que se vino, aprovechando que tenía que viajar a Guerrero una semana después.

—Mire, joven, usted el tiempo que quiera estar aquí, pues bienvenido, nos da gusto que vengan a cubrir algo que nos enorgullece tanto. Yo estoy pa' lo que quiera, estoy siempre metido en el Palacio, ahí me busca, pregunta a las señoritas que dónde está el señor Arizmendi... o no, no pregunte, usted pásese.

El joven asintió a cada una de las recomendaciones del señor Arizmendi a la vez que miraba hacia la puerta y se dirigía a paso apresurado.

—Bueno, pues le dejo mi número, que lo veo apremiado —enfaticó la palabra “apremiado” y deslizó una tarjeta con su nombre y su teléfono en el chaleco lleno de bolsillos del joven, quien veía cómo se adelantaban los Capitalinos hacia la salida, en busca de otra forma de acceder al Convento. Terminada la misa, el Presidente preguntaría, ¿pues qué no conocía al de Monclova?

Cuando salió de la iglesia, la gente no había desalojado el patio de la Parroquia; algunos buscaron a sus hijos, que jugaban entre los árboles, o se sentaban en las jardineras a

comer elotes. Pegada a la puerta de la iglesia, estaba la entrada al Convento. Dentro, los Capitalinos discutían con una recepcionista que no salía de la oficina, así que les respondía a gritos desde su silla. Al parecer, el Obispo se había llevado a los campesinos a su casa, detrás del convento, y no estaba permitido el acceso. La mujer le había llamado al jardinero, al plomero y al limpiador del convento; los tres empujaban a los periodistas, el jardinero repetía “que no, carnalito, no”. El griterío llevaba diez minutos, hasta que uno de los periodistas, con la cara hinchada de furia lo disolvió, acusando:

—¿Sabe qué? Mejor váyase a chingar a su madre.

El grupo se alejó de la recepción del Convento lanzando rechiflas y mentando madres, el joven los siguió por un rato. ¿El Diario de Monclova? Qué cabrones, joven, de tan lejos que viene y se ponen pesados. El hombre se presentó —Manuel, mucho gusto, yo soy del *Excélsior*, pero firmo Gonzalo Santos, como mi general —Manuel soltó una risotada y le presentó a los demás. Otros dos venían del *Excélsior*, acompañando a Manuel, aunque en realidad se dedicaban a comprar refrescos y mover a los periodistas (Ramiro, el más callado, tenía un *Tsuru II*). Manuel conocía a los otros dos, que venían del *Universal* y otro del *Sol de México*, pero pronto se separaron del grupo, les desearon suerte y se alejaron por una esquina de la Plaza Juárez. Los del *Excélsior* le explicaron al joven que no tenían ganas de quedarse más tiempo en el pueblo, que se iban a tomar unas cervezas y luego de regreso al D.F. porque habían tenido tiempo de hablar con el Presidente Municipal. El joven les preguntó si había dicho algo interesante y, sin pensarlo, Manuel le entregó la libreta en la que había hecho las anotaciones de la entrevista.

—Puro cotorreo, conozco al cabrón desde hace un par de años. Ojalá te sirva. El joven agradeció el regalo y aceptó acompañarles. Les dijo que no tenía mucho dinero, pero Manuel lo tranquilizó, diciendo que él iba a invitarles los tragos a todos. Al oírlo, uno de sus acompañantes carraspeó. El grupo se alejó de la Plaza

Juárez, mientras se llenaba de la misma gente que había inundado el patio de la Parroquia durante la misa. Ahora los vendedores de frituras movían los carritos y esperaban ansiosos a los siguientes compradores. El otro acompañante se presentó: Omar, fotógrafo. El joven sabía, por lo que le habían dicho antes, que Omar nunca había tomado una sola foto en su vida. Antes de que Omar se decidiera a entablar una conversación con él, alzó la voz el periodista.

—¿Cómo dice que se llama, joven?

—Ramón, Ramón Ayala. Mucho gusto.

Entraron en un bar con puertas de vaivén engoznadas, como en una película de vaqueros. Adentro, en el espacio reducido que tenía el local, se consumían los tragos en silencio. Borrachos que a las seis de la tarde ya tenían los ojos sumidos en la tristeza; con las caras inclinadas, las siluetas se proyectaban en los murales del bar. Ramón se acercó a la barra, pero Manuel se había instalado en una mesa, con la mano pidió que se sentara. Los otros dos seguían mirando a Manuel con la cara rígida, como si esperaran órdenes; él no hacía más que sonreír. A la mesa se acercó una señora de pelo rizado. Caminando con sus pequeñas piernas, sólo podía verse el borde de su cabeza mientras pasaba detrás de la barra. Algunos borrachos giraban la cabeza hacia ella, perdidos, esperando las palabras de consuelo que ella suele decirles cuando ya no los aguanta más, Órale, ya te tienes que ir a tu casa, ya sabes cómo se pone tu señora. Manuel y Ramiro pidieron cervezas, Ramón hizo lo mismo. Omar le preguntó a la señora si había “garañona”, y la señora, irritada —muchos le preguntarían lo mismo, todos los días— le dijo que costaba quince pesos. Omar aceptó.

Los huidos

David Manjón Barrera

Dos matrimonios que constantemente amenazan, ante sus hijos, con separarse. Pero no se atreven. Un profesor que no visita a su padre, que vive en una residencia. Traición a la pareja, al hijo, a uno mismo. Personajes que no pueden trabajar y personajes que no quieren trabajar. Cuando unos pocos abandonan un lugar donde todos están huyendo, ¿quiénes son *los huidos*?

Ilustración: Jose Joaquín Sánchez Garrido, "Corento"





(fragmento)

Por lo que había conversado con Jimena, Sandra sabía que en aquel colegio había mucho mal humor matriculado. Niños cuyo desencanto con sus vidas no se correspondía con su edad temprana ni con el brillo de sus melenas. El tema de conversación predilecto de la niña eran sus compañeros, pese a que hablaba de todos ellos con una superioridad distanciada que le llevaba a ser muy crítica, sobre todo con los que constituían su grupo de amigos.

Tenía varias amiguitas. Fabio y ella la habían visto agarrarse a ellas de la mano, formar corrillos en el recreo algún día que habían ido a verla. Por las reacciones de las otras niñas una mañana —cabizbajas, miradas serias, a punto de lagrimear, tras un rato quietas deshicieron el corrillo alejándose corriendo— Sandra sospechó que Jimena las había incomodado con algún comentario o les había apretado demasiado fuerte sobre las pequeñísimas palmas de las manos, blandas y frías, con las uñas cortadas la tarde anterior por La Asistente. Luego Jimena se había vuelto a acercar a ellas como si nada, dejando claro con su silencio que no formaba parte del griterío alegre que sus compañeros amalgamaban.

De esta clase de cosas ella creía capaz a su hija, y no se ponía dramática ni afectada. Otras circunstancias le alteraban más los nervios. Las contradicciones de su niña, apariencia impecable, hábil para los estudios, rodeada de otros niños pero con un superávit de interioridad que la dibujaba sola, sembrando pistas de violencia minúsculas pero constantes. Aquellos rasgos no le atacaban porque si las cosas se ponían feas estaba segura de saber acotarlos. Porque no se atrevía a decir que fueran hereditarios, pero sí al menos que su hija la estaba imitando y llevaba ya algún tiempo haciéndolo, de la misma manera que simulaba girar un volante empuñando las dos manos cuando viajaba en el asiento del copiloto del coche.

Pero aquel curso Jimena no pasaba la mayor parte del tiempo con esas niñas sino con un chico al que había conocido ese año. Un tal Aitor. El tal Aitor era nuevo en la clase de Jimena, pero era veterano en el colegio: según le había contado Jimena a ella, le habían trasladado a ese grupo porque había decidido —o sus padres o tutores habían decidido, en ese ejercicio de libertad consistente en interponerse en la de los hijos— sustituir su asignatura de Introducción a la Filosofía por la de Religión. Ella los había visto alguna vez en casa, duplicando con sus juegos el trabajo de niñera de La Asistentita. Aunque lo cierto era que ni con el trabajo que le generaban ambos sumaban el que conllevaría cualquier otro crío de esa edad. Eran silenciosos, conversadores entre ellos, en voz baja, mirándose a las caras; se movían rápido por los pasillos, con el objetivo claro de llegar a determinada habitación; reaccionaban muy educadamente a las adulaciones de los mayores con que se encontraban, con sonrisas demasiado estiradas como para además resultar creíbles.

Jimena iba absolutamente combinada con vestidos que se ponía ella misma pero que antes había elegido su madre. Los zapatos y el peinado, brillantes, ahí era donde le echaba una mano La Asistentita. Sandra no se había atrevido nunca más a peinarle desde aquella noche en que la preparaba para ir con unos primos al cine y

después dormir en casa de ellos. El cuarto de baño olía a jabón de cereza y Jimena, mirando grave al espejo, decía estar ilusionada por la película que iban a ver. Y no hablaba de otra cosa. No se le ocurrió quejarse de que ella le estuviese haciendo daño con los tirones del peine. Tras tres o cuatro tirones secos y vehementes durante los que Sandra se había ensimismado llegó uno turbulento que sonó a tela rasgada. Ella dejó de peinar a la niña y miró la zona de su cabeza que había desdibujado, la única que en lugar de pelo liso alineado sostenía por poco una bola de pelusa rubia. E inmediatamente la atrapó, se la guardó en bolsillo trasero del pantalón, y comprobó que de la calva no podría decirse que fuera pequeña pero tampoco que fuese fácil de encontrar. Con Jimena le ocurrían a menudo ese tipo de reacciones irreflexivas, pero con apariencia de muy ideadas, lo que le hacía preguntarse si no tendría miedo de su hija, esa muchacha que miraba tan grave al espejo del cuarto de baño y que también lo haría esa noche, de regreso del cine, en el de la casa de sus primos.

En cuanto al tal Aitor, la parte de su cuerpo en que uno se fijaba primero era el cabello. Aun llevando el pelo muy corto, cómodo, se podía permitir los atavíos característicos de llevarlo largo, flequillo prominente volteado con orden, humedad templada. Tenía ojeras, o quizá al contrario, bolsas en los ojos que, sombreadas, parecían ojeras. Incluso cuando llevaba puesta una camiseta blanca parecía ir vestido de oscuro, y esa clase de cosas eran las que le llevaban a Sandra a hacerse preguntas sobre él. De la misma manera que las películas de terror más terribles no son, por regla general, las que transcurren en espacios canónicamente inquietantes y oscuros, ni en castillos con cementerios de tumbas solapadas, ni en circos, ni en bosques, sino las que logran su objetivo en un entorno civilizado, en una urbanización con bicicletas y zonas verdes regadas por aspersores, en una plaza llena de gente y de luz solar. De esa misma forma, el tal Aitor y su hija cuando se juntaba con el tal Aitor, tenían más capacidad de dejarle transpuesta que un villano adulto, porque no era corriente que unos niños de aquella edad tuviesen esas pocas y llamativas arrugas,

esas conversaciones herméticas y ese permanente aspecto de tener una tarea por resolver.

Lo más curioso era el modo en que, estando juntos, conchabados, Jimena y el tal Aitor se desnudaban de sus potentes individualidades multiplicándose en una sola presencia. Esto se reflejaba fundamentalmente en sus físicos y debía tener que ver con su manera de comportarse, similar, aunque tal vez menos firme, más en segundo plano, la del tal Aitor que la de Jimena. Se daba la situación de que sin haber llamado la atención la forma de vestir de cada uno de ellos encontrándose solo, sí lo hacía cuando caminaban uno al lado del otro. Entonces resultaba grotesca, casi de época. Sandra no hubiera podido asegurar, por cierto, que cuando caminaban uno al lado del otro no lo hiciesen siempre en el mismo orden, el tal Aitor a la izquierda de Jimena, interiorizados y reproducidos por uno los movimientos del otro.

Sandra tenía decidido no ir con Jimena a Estados Unidos. Aquello había sido una ventolera de Fabio más que un plan que en algún momento hubiesen proyectado. Si estaban tensos, él a veces disparaba con este tipo de munición sorpresa con forma de billetes de avión, habitaciones de hotel o mesas de restaurante reservadas.

[...]

A la espera de la llamada de La Asistentita, Sandra decidió continuar con sus planes para aquella mañana, que consistían, pese al posoperatorio, en ir al gimnasio. Concretamente a la cafetería, de donde no tenía pensado salir. (Morada, alargada y tubular, con un ventanal como los de las cafeterías del aeropuerto y con vistas similares a las de las cafeterías del aeropuerto, en lugar de pistas de aterrizaje una piscina olímpica con calles, en lugar de aviones de compañías centroeuropeas con vuelos de bajo coste, unos abuelos, y gente joven también, intentando nadar al estilo

mariposa.) Con su dolor de cara no debía pedalear, ni correr, ni contorsionarse. Y aun así, convencida de no atravesar aquella mañana la frontera hacia el área de ejercicios y de olor a sudor quemado, se vistió con camiseta de tirantes, malla, zapatillas clorofilicas, y preparó una bolsa donde introdujo su móvil, su portátil y las pastillas y la pomada para la nariz. En el gimnasio vendían donuts. Ella no pidió más que un café con leche.

Fue la propia Jimena quien le telefoneó. Se saludaron de forma muy parecida entre sí y la niña le dijo que tendrían que cambiarle de colegio. Ella no le pidió explicaciones pero sorprendentemente sí le mencionó al tal Aitor.

—Ahora verás mucho menos a tu amigo, ¿lo sabes?

—Él nos ha echado de aquí.

—¿Qué dices? ¿Te ha pasado algo con él?

—Ahora te lo cuenta todo ella. Bueno, ¿te duele la nariz?

—Un poco.

—Bueno... un beso, mamá.

—Un beso.

Fue La Asistentita quien le contó los detalles que había dado el director en el despacho; detalles que a él le había transmitido la profesora de Matemáticas, que era quien se había encontrado a Jimena; Jimena dándole besos en las ingles al tal Aitor, sin pantalones ni calzoncillos ni pelos ni fuerza para sostenerse sobre la mesa a la vez que sostenía la puerta del aula de juegos por si entraba alguien y los sorprendía. Alguien como la profesora de Matemáticas.

Sandra notó que a La Asistente no le abochornaba contárselo a ella. (No se detuvo un momento hasta que colgó.) Ella era quien no estaba tranquila, pero no por vergüenza, sino más bien por los nervios de ver confirmada una intuición. Las voluntades de su hija se parecían en demasiadas cosas a las suyas y, lo que resultaba peor, era como si la muchacha le llevase ventaja experimentándolas. Estaba envidiosa.

Ella le ponía pequeños castigos a menudo, y a menudo era por detallitos, casi incumplimientos de protocolo. Aquel episodio le pillaba por sorpresa, en el mismo sentido que en una película sorprende más una aparición repentina si es sabido que va a llegar de un momento a otro que si no se esperara. Le preocupaba ponerle o no un castigo a Jimena por aquello, y se le ocurrió que su ya decidido rechazo a pasar unas semanas en Estados Unidos ahora encontraba un argumento. Era probable que a la niña, de ocho años, le apeteciera tan poco como a ella aquel plan.

M y P

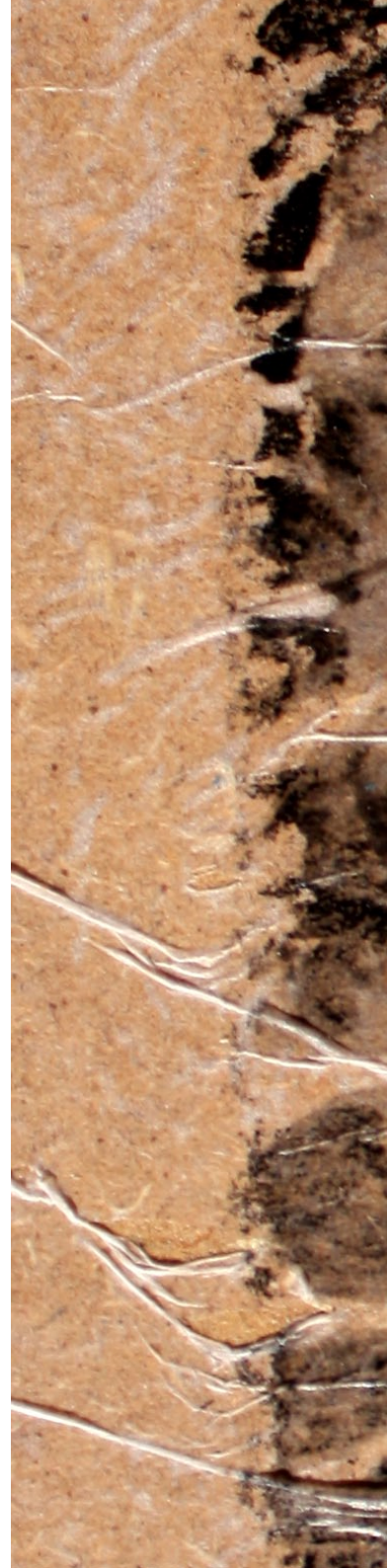
David Muñoz Mateos

A lo largo de una noche de insomnio, Pablo Andújar, estudiante de medicina, recorre incesante su casa y reconstruye la historia de un antepasado.

Podría ser una reflexión sobre la memoria, un estudio psicológico sobre la enfermedad, un ensayo moral, un esbozo generacional. Pero, probablemente, no se trata de nada tan grandilocuente. Probablemente es tan solo una historia íntima sobre fantasmas, esto es, sobre la conciencia intranquila de quienes les sobreviven.

A lo largo de una noche de insomnio, Pablo Andújar, estudiante de medicina, se pregunta por qué le importa tanto juzgar y comprender esa historia.

Ilustración: Laura Franco Carrión





(fragmento)

1.

No puedo creer que ella me sea tan ajena.

Tres pitidos: un partido llega al final de la primera parte, un teléfono suena y un hombre acaba de morir en la cama de un hospital de Barcelona. Ella dormía en el asiento trasero del coche cuando recibió la noticia.

—Ya está —nos dijo, y apoyó la cabeza contra el cristal.

Un gilipollas con un Mercedes me adelanta y sigue acelerando hasta perderse en la curva. Fuera ha oscurecido y a ambos lados de la carretera brillan algunas luces aisladas. Veo en el espejo retrovisor la mirada de ella deslizándose sobre las farolas distantes, como si tratase de ordenarlas. Cierra los ojos y levanta la cabeza, recostándola sobre el asiento. Unos segundos después, sus párpados se abren detrás de las gafas y su vista se queda fija en el techo.

Guarda silencio. Parece volcada a una vida propia que yo no conocí, parece encontrarse en otro lugar, hace muchos años, parece que el nombre por el que la he llamado desde que aprendí a hablar no le corresponde. O que solo conozco una letra de él, la inicial,

M.

No puedo creer que M, mi madre, me sea tan ajena.

Hemos pasado el domingo en el pueblo donde ella nació. Conduzco de vuelta a casa después de la sesión de visitas familiares que había eludido durante el último año. Ella me ha llevado de la mano, casi exhibido, de puerta en puerta, y en cada una de ellas se ha dedicado a desmenuzar mi infancia en cientos de episodios que solo yo no recuerdo, cuánto tiempo hacía que no lo veía, ya es todo un hombre; a ver si vienes más por el pueblo, que tienes a tu madre abandonada,

te parecerá bonito.

Me parecerá bonito, sí, las respuestas sumisas a ancianas malolientes, la falsa gratitud por las galletas rancias y el café frío, esta inesperada obligación de disolver toda capacidad de imponer mi voluntad en la sonrisa inerte, sin sangre, de hijo solícito.

Después de comer todos juntos y pasar media hora dando cabezadas aún sentados a la mesa de la cocina, con el ruido de fondo del telediario, me he quedado solo delante del manual de Historia de la Medicina para avanzar el trabajo que tengo que entregar la semana que viene. Mis padres, mi tío Agustín y mi abuelo Eugenio, estaban visitando a una anciana prima segunda no sé por parte de quién. Cuando llegó la hora que habíamos acordado para regresar, M me ha llamado para que me acercara a saludarla,

dices hola y nos vamos,

saludo que se ha convertido en el interminable monólogo de la señora, raecluida en la esquina de la cocina de leña. Ha aprovechado la ocasión para disertar sobre aquellas mañanas en que me observaba jugar al fútbol a la puerta de su casa, cuando el glaucoma aún no había acabado con su vista, aquellas mañanas en que el balón amenazaba sus ventanas y su marido estaba vivo. Mientras hablaba, la señora me tocaba la cara como si la masajeara y se sorprendía, fíjate, si ya tiene barba. Yo me fijaba en M, asintiendo, orgullosa de exhibirme.

Y ahora, después de haberme diseccionado delante de sus familiares, M se olvida de mí. Cierra los párpados y presiona cada uno de ellos con varios dedos de sendas manos. Parece buscar en alguna región escondida del córtex, entre el lóbulo frontal y

el temporal, detrás de los ojos, el botón para desactivar la punzada en la sien. Parece repasar unas súbitas ojeras. Ese gesto, a medio camino entre el alivio y el arrepentimiento, tampoco lo conozco.

El hombre que lo causa ya no existe. No, no existe, aunque siga tumbado en la cama del hospital. Tendría alrededor de ochenta años y acababa de ser ingresado por una embolia cerebral de la que no pudo recuperarse. Yo lo vi seis, quizá siete veces —no estoy seguro, pero no más de diez en ningún caso— y jamás imaginé que su muerte pudiera provocar esa reacción en M. Él es, era, su tío, el hermano de mi abuela Rosa, del que he oído hablar desde que nació. M lo llamaba por su nombre, claro, un nombre breve, directo, pero para mí no es más que una letra, otra, que parece a punto de escapar de sus labios: P

M y P.

Dos fragmentos de una historia que nunca he entendido del todo.

El partido se reanuda. No hay cambios en la alineación. No sé si M ha vuelto a dormirse o si solo quiere que no la molestemos. Reduzco la velocidad al ver que dos faros aparecen detrás de una colina y se acercan por mi izquierda en dirección al cruce con una carretera secundaria. M no mueve un músculo: parece exhausta, perdida en algún recoveco de su vida. Imagino que, a su alrededor, invisibles, surgen huertos nevados, aulas ruidosas, hileras de camas de un internado surcado por monjas, algunas casas grisáceas al borde de caminos que se alejan del hogar en que nació y la conducen a una nueva ciudad, a un chico joven y tímido que entra en la consulta del hospital, a un bloque de pisos de una de cuyas ventanas, en el quinto, a la derecha, sale una extraña luz reciente, un mundo entero, el mundo entero. Cientos de individuos parecen zarandear el coche para acercarse a M, cada uno con su propia historia anudada a la de ella, su propia historia que me es desconocida.

Acelero, pasamos por debajo de un puente a medio hacer al que le faltan las rampas de subida y de bajada, como si le hubieran cercenado los brazos y terminara

súbitamente en dos muñones. La carretera se bifurca en salidas hacia los pueblos de alrededor, alumbrados por las diez o doce farolas que aún no han sido apedreadas en la calle principal. El locutor chilla como un energúmeno cuando uno de los dos equipos marca un gol, pero no oigo el nombre del futbolista. Ni siquiera puedo decir qué equipo va ganando. En el asiento del copiloto, mi padre apaga la radio y se incorpora sin dejar de mirar el haz de luz sobre el asfalto. Ha considerado que el marcador deportivo no era un trasfondo adecuado para el anuncio de la muerte de P y ahora está obligado a decir algo, rápido, antes de que el silencio se apodere por completo del coche y ya todo venga a destiempo. Duda un segundo y, al final, solo se le ocurre posar la mano sobre la rodilla de M. Una forma de salvar la empatía supuesta para el matrimonio, pienso. Pienso que yo tampoco sé cómo actuar.

El papel de mi padre es secundario en esta historia. De hecho, su papel es otra historia. A pesar de los años que han compartido sabe que no ocupa ningún lugar relevante en el escenario que M está recordando ahí fuera, vagando por calles y rodeada de personas que él no conocería hasta mucho más tarde. Empieza a revolverse, incómodo, sin encontrar la postura apropiada.

Atravesamos un pequeño pueblo, anunciado por una discoteca abandonada y una gasolinera demasiado moderna para la carretera nacional por la que circulamos. Me concentro en la línea continua y en apartar la vista de los coches que vienen de frente. A unos kilómetros nos espera el piso de mis padres, en uno de los bloques de ladrillo visto de las afueras, con pequeñas terrazas llenas de toldos verdes y geranios, donde creció el bienestar de las clases medias españolas. Allí nací yo y pasé toda mi infancia. Entre los objetos familiares que la devolverán a su vida compartida, M quizá nos abra la puerta y nos permita acompañarla en su viaje. La observo de nuevo ahora que la carretera sigue en línea recta y el tráfico me da una tregua. Aún no ha abierto los ojos. M ya no es M. Es otra M, mucho más joven. Una niña. Unos ojos de recién nacida buscando a P entre las macetas de barro. M es solo el deseo de

encontrarlo, quién sabe para qué. Qué le quedó por decir, cuáles no debieron ser las palabras de despedida antes de que M viera a P subir a su coche por última vez; qué habría hecho ella, si pudiera repetirlo, en su último encuentro.

Necesito saberlo.

Apenas conocí a P, su muerte era esperable cualquiera de estos días —moradas, dijeron que tenía las manos moradas, una sonda artificial, los párpados pegados— y no me ha invadido la pena. No, desde luego, como la que corroe a M. Yo no olvido que la carretera es peligrosa, que mi nombre es Pablo, que mañana debo hacer las maletas de nuevo para regresar a la facultad de Medicina y a mi vida sin M, sin P. Yo no abandono el presente.

A pesar de todo ello, el lugar al que ella ha escapado me pertenece.

Siguen pasando los coches a mi lado, mantengo el pie en el acelerador. Una señal indica que faltan cinco kilómetros para la entrada de la ciudad. Reconozco las siluetas oscuras del paisaje. Dentro de poco, podré inventarme el pasado que me venga en gana.

9.

Apago la luz de la cocina y entro en el salón. De los discos que mis padres han ido almacenando en la estantería, es fácil saber a quién pertenece cada uno. Incluso desde aquí, desde el sofá, a pesar de que están desordenados. Por un lado, Serrat, Víctor Manuel, los cantautores españoles de la Transición, remasterizados para nostálgicos, los franceses, Moustaki, la discografía de Leonard Cohen, y algún otro que mi padre grabó de sus antiguas cintas. Patxi Andión, allí, junto al equipo de música. También rockeros españoles, Rosendo, y británicos o americanos que llegaron a España a finales de los setenta, Los Rolling, Johnny Cash; y el jazz, por supuesto, Chet Baker, Duke Ellington con John Coltrane. Los gustos de M no están tan definidos, o no son tan pasionales. Sin embargo, ella escucha música todo el tiempo, pasea con los

cascos puestos por la casa o me despierta los domingos por la mañana con la radio a todo volumen. En general, es más melódica: prefiere a Los Beatles, a Bob Dylan, y abarca un período más amplio, aunque no suele escuchar canciones en inglés, excepto aquellas de las que pueda adular las letras después de haberlas escuchado cien veces. Sigue poniendo a los cantantes de los sesenta, Nino Bravo, Perales, grupos de la movida, Hombres G, Vainica Doble, vuelve una y otra vez a Sabina, Calamaro, y no es difícil sorprenderla escuchando grupos españoles actuales de rock o pop comercial. Incluso música clásica, Glenn Gould y sus Variaciones Goldberg, que mi padre dice que escuchará cuando se haga viejo, pero viejo de verdad. Y ahí, en el centro, hay un disco que le gusta a ambos, probablemente por motivos diferentes, o quizá porque en él se encuentran de alguna forma: The Velvet Underground.

Abro la carcasa y coloco el disco en la platina. Bajo el volumen para no despertar a mi padre, en caso de que duerma, y escucho el comienzo de *I'll be your mirror* con la voz susurrante de Nico. Enciendo la lámpara de pie y me dejo caer en el sofá.

“Cuando nos conocimos M y yo, todo lo que hacíamos era escuchar música. Gastábamos lo que nos sobraba del alquiler y la comida en vinilos y nos quedábamos noches enteras charlando mientras pasábamos de uno a otro”, me dijo mi padre alguna vez, y me empezaba a recitar nombres de grupos, de canciones, fechas de conciertos que para mí no significaban nada.

De la misma forma, pienso ahora, mientras la voz de Nico se distorsiona en los agudos para terminar y comienza Lou Reed a cantar *Pale Blue Eyes*, que M me contaba cosas de su familia. Fue ella quien me habló de Rafael, de Adela, de la infancia de Agustín. De todos aquellos que yo no conocía y que no fueron más que nombres a los que ahora trato de dar algo de vida. No mucha, tampoco. Los nombres en esta historia son solo para aquellos que no importan demasiado, pienso. Por ejemplo: yo, Pablo.

Linger on, your pale blue eyes

Yo maté a Bárbara

Nerea Pallares

La de hoy no es una visita como las demás. África lo sabe y él también. Sobre todo, él. Sobre todo Luis. Ahora, mientras África le examina y fuma y sospecha, le hablará de *ellos* y de *él*. Le contará la verdad por primera vez. La *verdad*, ese lastre tan humano y tan obsceno.

Ilustración: Patricia Rico





(fragmento)

Bárbara, 1960

Detesté la *vida de casada*. No me gustaba cenar siempre frente al televisor, recibir la barra de pan sin que Luis dejase de observar la pantalla, no me gustaba el mismo choque de las copas de champán después de las doce uvas, ni mucho menos la caligrafía apresurada de las notas del frigorífico, de aquellos garabatos convertidos en firma de un imperativo anónimo; también había terminado aborreciendo el boquear de Luis y el cigarrillo, el sonido del abrecartas y luego del bufido; las huellas dactilares cubiertas de tinta de calamar todos los viernes. Yo no quería que amar fuese acostumbrarse. *Eso es compartir*, me decía Luis, *lo que te pasa es que tú no estás hecha para vivir con nadie*. Quizás tenía razón pero yo me negaba a que compartir terminase siendo la rutina de posar las mejillas en el mismo secreto de la almohada.

No fui capaz de marcharme, aunque lo pensé en demasiadas ocasiones. Pero nunca llegué a hacerlo. No fue por Paulina, ni por él. Fue por mí y ni siquiera eso. Continué siendo un amasijo de contradicciones en lienzos de formato 60x40. Los conflictos habituales se volvieron ya diarios. Cada portazo fue entonces un punto y aparte y mis uñas se ennegrecieron de asestarles martillazos. No hubo nada capaz de acercarnos. Ni siquiera Paulina. Ella no fue nunca un punto de encuentro ni de desencuentro, tan sólo un llanto esbozado al fondo del pasillo, un biberón apresurado mientras destapaba las ollas del pescado y luego, mucho más tarde, una hilera de tejanos en el tendal,

un quejido difuso tras la mesa, una mirada lánguida y un misterio que ninguno de los dos tratamos de resolver nunca, tan concentrados como estábamos en el fuego a discreción de unos reproches cruzados que mentaban al otro queriendo hablar, en realidad, del propio ego y su apetito.

Luis, 1960

El viernes, a media tarde, cuando ya había pasado más de una semana desde mi regreso a casa, la mano de Bárbara, que aplastó la prensa vespertina contra la mesa del salón, interrumpió mi lectura. Levanté la vista y comprobé que se había puesto un vestido turquesa y que se había recogido el pelo en un moño bajo. Quizás también fuera maquillada pero no lo recuerdo, nunca llegaba a fijarme tanto.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Nos vamos.

A aquella orden le siguieron muchas otras: coge las llaves del coche, cámbiate de camisa, vamos a cenar fuera, dile a Soledad que se quede con Paulina, gira a la izquierda, quiero ir a ese restaurante que tiene nombre de pato, la *Oca* o lo que sea, pide pescado, la carne de aquí no se traga, no fumes, que me entran ganas a mí también y no debería, no, no, ve a la ventana, quiero la mesa de la ventana, de ninguna manera, vine aquí solo por sentarme en esa mesa y ver el parque, mira, ¿lo ves? aquí me traía mi padre de pequeña, no te rías, no le veo la gracia, no me digas que soy ridícula porque tú también lo eres, ¿sabes?

Para entonces ya se le había instalado el temblor de siempre en los labios, nunca podía sellarlos del todo. Aunque Bárbara tenía una boca bonita, en realidad. Ella, en sí, en general, lo era. Como conjunto, quiero decir. Tenía una belleza armónica que no le hacía justicia. Ella lo sabía y lo detestaba. Se pasó la vida aborreciendo simetrías. Y las suyas,

las propias, eran las que más odiaba. Tal vez por eso se empeñaba tanto en desmentirlas y se enredaba el pelo con los rulos, o lo apretaba y lo mojaba frente al espejo todas las mañanas hasta acabar haciendo que de la caída lacia se le disparasen rizos. De pura rabia, supongo, que era lo que empleaba para todo. Aunque ella decía que era así su pelo, por naturaleza, y lo mismo decía del genio con el que descorría de un tirón todas las alfombras, todas las sábanas, todos los tapetes. Por eso me extrañó tanto que se hubiese recogido la melena en ese moño tan prieto y tan bajo. Me miraba con los ojos negros, profundos, llenos de lodo, y extendía la mano hasta rozarme los nudillos. Aquella noche quería fingir que era una señora. Pero yo enseguida advertía cómo se le cuarteaba el carmín del labio inferior, ése que, al otro lado de la mesa, parecía posarse en el filo de la copa. Y su boca dejaba entonces de ser bonita para balbucear en uve doble.

—Quería celebrar que ya estoy bien.

Dijo aquello de pronto, sin pregunta previa ni sentido aparente, como era habitual. Bárbara solía conectar, por sorpresa, sus propios pensamientos con el mundo, ese otro mundo que tan poco tenía que ver con el suyo y al que asistía como espectáculo de cuando en cuando, sólo para corroborar lo poco que le interesaba.

—Que ya estamos bien —echó una mirada a su alrededor— me gusta este sitio.

Resoplé pero no quise contradecirla. Y hubiese podido hacerlo en ambas afirmaciones pero desistí, no por compasión, sólo por pereza. El camarero se acercó pasando página a la libreta, *qué van a tomar*, me lo preguntó sólo a mí y yo sonreí; sabía muy bien cuánta rabia le daban a Bárbara esas cosas. Ella se adelantó enseguida; *gambas, lubina y un blanco afrutado, ¿alguna cosa más?*

—No, sólo pescado y mucho vino, vino bueno —me apretó la mano y miró

al camarero – Que esta noche ceno con mi marido.

África, en los últimos tres meses

Ella lo recogió todo, metódica y serena, con una precisión nórdica. *Hace mucho calor en este sitio*, me repitió entonces al oído y mientras seguía el curso de las venas de mi cuello, trazando senderos de saliva con la punta de la lengua, su frase hizo retroceder mi memoria, me recordé en la cola del baño al poco de llegar al Boulevard, *hace mucho calor en este sitio*, en el sofá con Julio a media tarde, felicitando a Rita, concordando falsamente con Marcos, contándole luego mis fracasos a la primera desconocida que entró mientras yo me tocaba las tetas, la misma con la que efectuaba ahora el intercambio, *hace mucho calor en este sitio*, y le di la razón creyendo, por primera vez desde que había entrado en aquel restaurante, en la verdad de lo que estaba diciendo. Hacía mucho calor. Y luego dejé que murmurase frases pensadas para otros amantes, en alemán, o en checo, o en polaco, algún idioma escueto con el que me apelaba de pronto, y me sentí aliviada por no poder comprender aquéllas y otras promesas. Con alguna lengua centroeuropea alcanzó las corolas primero y apartó la piel de la pulpa, más abajo después, ofuscada en la tarea tras descubrir el jugo de la fruta tierna. Estaba claro que hablábamos el mismo lenguaje. También empleó para aquello la medida exacta y lo hizo con un acierto tan milimétrico que resultaba hasta poco natural. Envolvió mis nalgas con unas manos grandes, desproporcionadas para una silueta casi tísica, y ancló en ellas los pulgares con vigor insospechado. Y cuando cedió mi vestido y mi liguero y mi piel, desnuda y suave, era lo único que se interponía ya entre la pelirroja y la pared, asomó aquella dureza, enorme y genuina, debajo de su falda. El impacto me hizo dudar y ella, o él, lo supo, *¿no te irás a rendir ahora, verdad?*, y ceñí su carne a la mía por respuesta. Al fin y al cabo, aquello, como todo, formaba parte de mi insaciable búsqueda de sensaciones. Y hubo muchas, muchísimas entonces, tantas que unas solapaban a las otras y

empujábamos la pared y la puerta con las palmas de las manos, casi convencidas de que una fusión tan enérgica podría derribarlas. Alguien, al otro lado de la puerta, hacía lo propio, llamando con acopio de nudillos. No supe quién era hasta que la voz de Julio se interesó por saber si me encontraba bien. Nos paralizamos al oírlo y le dije casi ahogada, *sí, cariño, no te preocupes, vuelve a la mesa, voy ahora mismo*. Obedeció, ya más tranquilo, sin darse cuenta de qué estaba sucediendo, y nuestro final llegó justo cuando se alejaban sus zapatos.

Luis

Asiento mirando al suelo todavía. Vamos al salón. Ella se acurruca en el sofá de siempre, yo hago lo propio en mi butaca. Flexiona las rodillas, se remanga la camisa vaquera que lleva siempre desabrochada, me pregunta por la manta de felpa, dice que está helada, tiene la nariz más roja aún y no para de frotarse las manos y de quejarse del frío venido a destiempo en el mes de mayo. Se sirve café solo. Le digo que enchufe la estufa eléctrica y le recuerdo que también tengo tostadas con mantequilla y azúcar, aunque ya lo sabe, y me dice que no, que no se siente capaz de comer nada, que tiene el estómago cerrado. Los dos necesitamos beber algo caliente y fumar un cigarro. Los dos sostenemos la taza y la mirada. Ella se lía un pitillo, yo enciendo una faria. Le acerco las cerillas cuando ya está cubriendo de saliva la franja de papel con la punta de la lengua para sellar el cilindro prensado. Coge la caja sin decirme nada, tiene mala cara, está más ojerosa y despeinada que de costumbre, se lo hago saber y me dice que a mí me pasa lo mismo. Ella aspira el cigarro, eso parece aliviarla un poco. Yo pienso en lo que me ha dicho y asiento. Esto no va a ser fácil, los dos nos parecemos demasiado.

Le hablo de lo que he leído en la prensa esta mañana, menciono el hallazgo casual de ese cuadro tan valioso en la sacristía de la iglesia de Toques, ella me mira con los ojos entrecerrados, se humedece los labios, relaciono el hecho, no sé cómo, con el

caso de esa obra que ella me había comentado, que no pudo reconocerse hasta que estuvo restaurada, y diserto sobre vidrio de potasio, examen organoléptico, empapelado con *coletta* de cola de conejo y todos los tecnicismos que sólo conozco de su boca, y lo hago con una locuacidad que ambos sabemos muy bien que no me pertenece. Ella se da cuenta y sonrío perspicaz, *así que es eso*, debe de estar pensado, *ahora intentas acercarte a mí fingiendo interés por mi terreno*. Pero no llega a decirme nada. Se rasca la nuca, se frota los labios con el canto de ese índice tan ajado para una chica joven, se recuesta, busca de nuevo la postura y da una profunda calada, dispuesta a escuchar mi próxima ocurrencia. Es la secuencia que repite cuando está inquieta. Le pregunto por Julio y niega con la cabeza, *no quiero hablar de eso*, dice. Claro que no. Está muy claro qué es de lo que quiere hablar. Le digo, estúpidamente, que hace ya unos días que no nos vemos y le pregunto qué ha estado haciendo. Resopla y se inclina de pronto. Creo que eso acaba de parecerle demasiado. Se recrea aplastando la colilla contra el cenicero. En lugar de responderme, contraataca con una pregunta irónica:

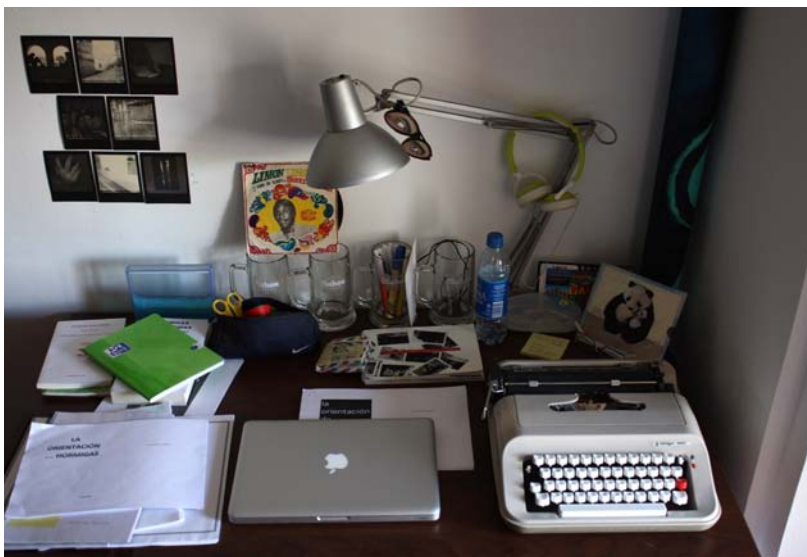
—¿Y tú, abuelo, qué has estado haciendo últimamente? —entonces busca en su bolso, lo saca y lo deja caer sobre la mesa de pino con el golpe seco y necesario.

Silencio. Nos miramos; las pupilas lamentan. El manuscrito permanece equidistante.





Biografías



Cristian Alcaraz (Málaga, 1990) Ha publicado el poemario *Turismo de Interior* (La Bella Varsovia, 2010), que obtuvo el III Premio de Poesía Joven “Pablo García Baena”, y ha ganado algunos certámenes como el VII Certamen andaluz de escritores noveles, organizado por el Pacto Andaluz por el Libro. Seleccionado en la modalidad de artes visuales en el MálagaCrea 2012 e invitado a diversos festivales como Cosmopoética: Poetas del mundo en Córdoba, algunos de sus poemas han sido publicados en diferentes revistas digitales, como *La sombra del membrillo* o *El bote de Colón*. Otros han sido incluidos en antologías como *La dulce Vita. Poesía y Cine* (2010) o *Tenían veinte años y estaban locos* (2011). En el ámbito teatral ha escrito, junto con Alberto Cortés, la obra *Seres Queridos*.
cristianalcarazm@gmail.com

Raquel Antón Ruiz (Mislata, Valencia, 1990)

Comienza la carrera de Filología Hispánica en la Universidad de Valencia en el año 2008. Interesada por la novela negra y el mundo policial, decide compaginar sus estudios de las letras con el grado en Criminología en 2010, para escribir con propiedad sobre el género. En 2009 gana el Premio específico para jóvenes del municipio de Mislata con una obra de género policial, *Libertaria*. También ha realizado escritos para algunas revistas locales, en la pedanía de Sesga, lugar que le ha servido como escenario para la novela que ha desarrollado durante su estancia en la Fundación Antonio Gala. Para realizar este proyecto interrumpe sus estudios durante el curso 2011/12.

anruizra@gmail.com



Andrés Bigorra (Granada, 1989) Cursó el primer ciclo de Filología Hispánica en Granada, donde se licenció en Teoría de la Literatura. En el curso 2009/10 disfrutó de una beca Erasmus en Londres, una de sus experiencias más enriquecedoras. Ha participado en diversos certámenes, obteniendo el segundo premio en el Fernando Quiñones de Cádiz con *La casa de las Blanca de Hurtado* (2010) y quedando finalista en el Premio Booket de Jóvenes Talentos con *Jirones* (2008). Participa también en la fundación del grupo teatral Redundanteatro. En 2011 recibe una beca de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. En ella reside durante un año escribiendo la novela *La muerte se viste de azul*.

bigorra.mir@gmail.com

Ignacio Estudillo (Jerez de la Frontera, Cádiz 1985)

Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Sevilla. Se especializa en pintura en la Facultad Santa Isabel de Hungría en 2008. Empieza entonces su carrera como pintor.

Continúa su formación cursando la Cátedra Francisco de Goya en 2010 y 2011, impartida por Antonio López, en el Palacio los Serrano de Ávila. En 2012 realiza el I Curso de Realismo y Figuración para Pintores, impartido por Andrés G^a Ibáñez y Antonio López.

Obtiene varios reconocimientos, entre el que destaca el premio en el BP Portrait Award 2012 que organiza la National Portrait Gallery de Londres.

estudilloperez@gmail.com



María Reyes Fernández (Alcalá de Guadaíra, Sevilla 1988)

Licenciada en 2011 en la facultad de Bellas Artes de Sevilla. En 2009 comienza a trabajar en el Proyecto Adhesión del que surge la exposición "No tienen nombre" en el espacio Sótano2, de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla. Es exhibido más tarde en Contenedor, Nocturama '09 (escenografía del grupo Úrsula) y actualmente en ANIMA. En 2010 obtiene el primer premio del certamen internacional de grabado de Alcalá de Guadaíra y en 2011 participa en varias exposiciones colectivas: XVIII Certamen de Artes Plásticas de la Universidad de Sevilla, Art Gira Moving Espacio Espejo, XIII certamen de artes plásticas CEC, IKAS ART, encuentros I y II de arte universitario de Bilbao y le es concedido el primer premio de grabado Aires de Córdoba. En 2012 realiza su primera exposición individual, *Reconstrucciones*, en el Espacio GB de la facultad de Bellas Artes de Sevilla.

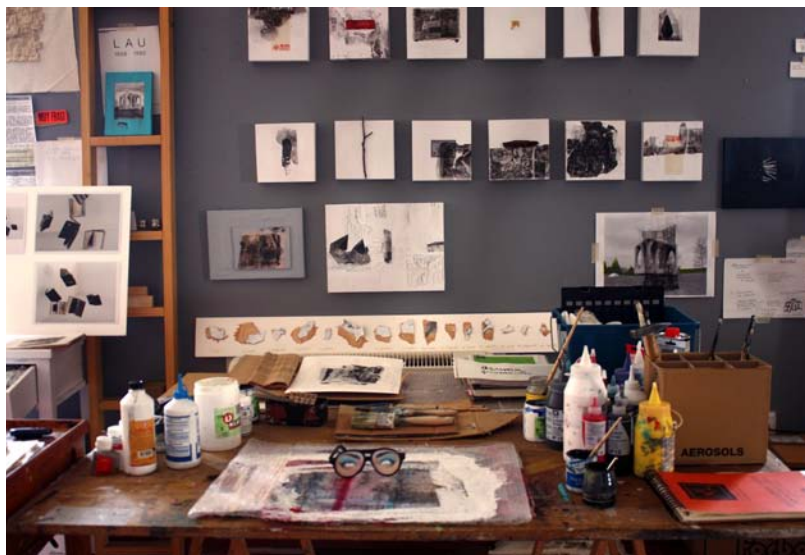
mariareyesfg@gmail.com

Laura Franco Carrión (Málaga, 1985)

Obtuvo en 2010 el Diploma de Estudios Avanzados en Bellas Artes, Diseño y Nuevas Tecnologías y es Licenciada en Comunicación Audiovisual y Técnico Superior en Fotografía Artística. Durante el curso 2010-2011 ha disfrutado de una estancia en la AKV St.Joost en Breda, Holanda, cursando estudios de Bellas Artes. Recientemente ha sido galardonada con la adquisición de obra en la III Edición del Certamen fotográfico de creación universitaria andaluza Contemporarte y finalista dentro del Málaga Crea. También ha participado en diferentes muestras artísticas como *Música nunca vista* y *Geografías de la diferencia*.

En el ámbito poético destaca el accésit obtenido en el programa de creación del INJUVE, con el poemario *Cuadernos de Holanda* y el primer premio de poesía de la Universidad de Málaga en 2011 con el trabajo *Tenemos en común*.

laurafrancocarrion@gmail.com



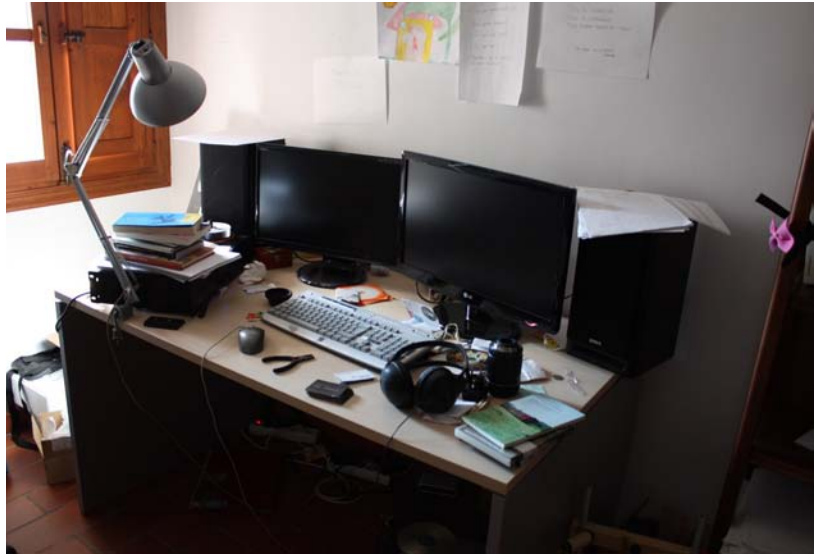
Víctor Hugo Juárez (Coatzacoalcos, 1992)

Realiza sus estudios de Comunicación y Periodismo en la Universidad Autónoma del Estado de México. En 2010 ganó el Premio Estatal de la Juventud en categoría de Cuento y el Premio Estatal Juvenil de Ensayo "Bicentenario". Desde 2007 realizó estudios en la Escuela de Escritores del Estado de México "Juana de Asbaje". Un relato suyo aparece en la antología *Ciudad Atípica*, publicada en 2011. Forma parte del equipo editorial de la *Revista Intemperie: Cultura a Cielo Abierto*, que se publica en el Valle de Toluca.

vjuarezh@gmail.com



Javier Macipe (Zaragoza, 1987) Licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid. En su segundo año de carrera realiza el cortometraje *Cuidala bien*, con el que obtiene numerosos premios en festivales nacionales. La repercusión de este primer trabajo hace que Cáritas decida apostar por él para la realización de un largometraje documental que se proyectaría en la EXPO de Zaragoza 2008. En 2010 acomete su proyecto más personal, *Efímera*, un cortometraje que cuenta como protagonista con la actriz ganadora de un Goya, Ana Fernández. Con este cortometraje también obtiene varios premios; el corto se ha podido ver en festivales en Italia, Inglaterra, Francia, Estonia, Marruecos, Colombia y Estados Unidos. En 2011 amplía sus estudios especializándose en dirección de actores, realizando un taller internacional en la escuela de cine de San Antonio de los Baños (Cuba). Este mismo año realiza un largometraje documental de temática social, que se rueda en la selva amazónica ecuatoriana. Este proyecto está en proceso de post-producción.
macipe2@hotmail.com



David Manjón Barrera (Salamanca, 1991) Estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca. Autor, desde muy joven, de cuentos y microrrelatos, como los que fueron leídos en Cadena SER cuando tenía quince años. Desde 2009 mantiene el blog *Tropel* (www.tropel.wordpress.com).
davidmanjonbarrera@gmail.com

Khadija Mesri (Tánger, 1988) Estudió en el Instituto Nacional de Bellas Artes de Tetuán, donde concluyó sus estudios con grado de Honor. Desde el año 2006 ha participado en numerosas exposiciones, festivales y talleres colectivos en las ciudades marroquíes de Casablanca, Fez, Tánger y Tetuán. Destacan la exposición de grabado del Instituto Cervantes de Tánger, en la Escuela Nacional de Arquitectura en Rabat, "Cita 2010", en el Centro Cultural de México en Rabat, y la exposición en la Catedral del Sacre Coer de Casablanca.

También ha participado en talleres de artes plásticas, como el de pintura mural en el Liceo Ibn Rochd de Tánger y el del Festival Internacional de BD en Tetuán, además de uno de grabado en el Instituto Cervantes de Tánger. Resultó ganadora del primer premio en el Festival Rendez Vous 2010, en el Centro Cultural de México en Rabat. Recientemente el Museo de Arte Contemporáneo de Tetuán ha adquirido una de sus obras para la colección permanente.

khadijameesri@gmail.com



Juanma Moreno (Alcalá la Real, Jaén 1986) Licenciado en Bellas Artes por la Universidad de Granada 2004/09. Recibe en 2006 el primer premio de las Becas Lefranc&Bourgeois de creación artística. En 2007 se traslada a Alemania, donde continuará su formación, dentro del programa LLP-Erasmus en el Burg Giebichenstein, Hochschule für Kunst und Design, en Halle Saale. Durante esta estancia realiza su primera exposición individual, *Transeúntes*, en 2008. Tras esta primera experiencia en el extranjero, vuelve a Granada para finalizar la licenciatura, empezar estudios de postgrado en la universidad y estudiar diseño gráfico en la Escuela Arte Granada. En 2010 se traslada a Berlin. Durante esta estancia, trabaja como ilustrador y diseñador gráfico, al tiempo que pinta y expone en varias salas y galerías de la capital alemana.

juanman1986@hotmail.com

David Muñoz (Zamora, 1988) Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Título de Máster en Estudios Literarios por la Universidad Complutense de Madrid. Posee estudios de Grado Elemental y Grado Medio de saxofón. Durante los últimos años ha gestionado y redactado varios blogs de creación y crítica literaria y se ha acercado a los campos de guión y dirección cinematográficos.

davidmm88@gmail.com



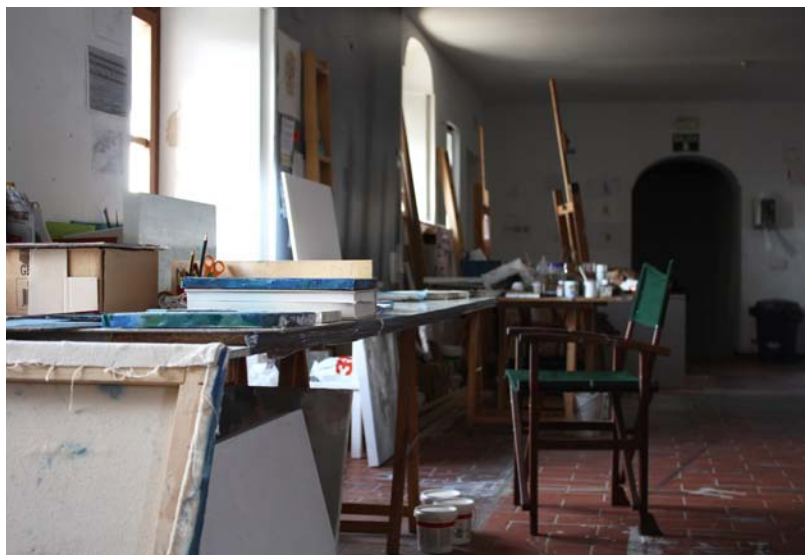
Nerea Pallares (Lugo, 1989) Licenciada en Periodismo por la Universidad de Santiago de Compostela. Colaboró en la redacción del Informe de Literatura 2008, elaborado y editado por el Centro Ramón Piñeiro para la investigación humanística, trabajó como periodista en el diario *El Progreso* y ha publicado sus artículos de opinión en la plataforma Galicia Digital, el periódico *Galiciaé* y la editorial Tusmann.

Recibió su primer premio literario a los trece años, en el 43 Concurso Nacional de Redacción de la Fundación Coca-Cola España. En 2011 es becada por la Fundación Antonio Gala para escribir su primera novela, *Yo maté a Bárbara*.

nerea.pallares@gmail.com



Patricia Rico (Madrid, 1985) Se licenció en Bellas Artes y cursó el Máster de Arte, Creación e Investigación en la Universidad Complutense de Madrid. Ha participado en más de una veintena de exposiciones colectivas: en la Feria de Arte Estampa, en la UCM, en la sala de Caja Murcia en Madrid, en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecillas, en el Museo de la Ciudad de Madrid, etc. Ha expuesto de forma individual la serie *Viaje. Pintura*. Ha realizado el Curso Superior de Pintura de Paisaje en Albarracín y la Cátedra Francisco de Goya en Ávila, y ha sido seleccionada en varios certámenes de pintura como el Plaza de Cibeles de la Fundación Amigos de Madrid o el Premio Toshiba. Consiguió el segundo premio de pintura en el certamen de la Fundación Valparaíso y el tercer premio en el concurso de pintura de Madinat al- Zahra. Su obra pertenece a diferentes colecciones como la del Museo del Libro de Artista de San Clemente de Cuenca y la del Museo López-Villaseñor de Ciudad Real.
patriciadiazrico@gmail.com



José Joaquín Sánchez Garrido (San Juan de Aznalfarache, Sevilla, 1985) Se licencia en Bellas Artes en el año 2009 en la Universidad de Sevilla especializándose en pintura. Entre sus reconocimientos destacan dos menciones de honor en el Concurso de Pintura Lora del Río, exposición colectiva en la galería San Vicente, en Alicante, ganando el Premio Nacional Marina Muz. Ha diseñado a su vez el escudo para la sección de Sereco de la Infantería de Marina española. También ha sido seleccionado para el Premio Nacional Artes Plásticas Universidad de Sevilla en el año 2009, certamen en el que quedó finalista un año después. En 2009 es seleccionado también como finalista en el Premio Internacional de Pintura Ibérica, concurso que ganará en 2010. En 2011 recibió el primer premio de dibujo Felipe Orlando. Algunas de sus obras fueron expuestas en la Feria internacional de arte Vendas Novas (Portugal) el pasado año.
corento1985@gmail.com

*Vivid no de acuerdo con los ideales recibidos, sino con vuestras aspiraciones,
con vuestra intuición más vehemente.*

Antonio Gala

Cortometrajes conectados

Javier Macipe

Contiene:

- Capítulo 1: ***Rutina***
- Capítulo 2: ***Ética***
- Capítulo 3: ***Orgullo***
- Capítulo 4: ***Cielo***
- Capítulo 5: ***Felicidad***

Formato de grabación: Full HD 1920x1080 p.
DVD PAL
16:9, Stereo

